

La Maldición del Practicismo

por Rudolf ROCKER

Nueva Maldición del Practicismo

por Felipe ALAIZ

Rudolf ROCKER

La Maldición del Practicismo

EL PROSAISMO TRIUNFA

Todavía continúa teniendo actualidad la pequeña y bonita historia que nos contó Gorki: «Del pájaro carpintero que amaba la verdad y del embustero verderón». Pero el poeta (habría podido titular su historia, y tal vez más acertadamente: ««Del práctico pájaro carpintero y del impráctico verderón»», sin que por eso hubiera sido forzado a cambiar una sola palabra del relato. Pues el pájaro carpintero era realmente el sabio práctico, y el pequeño verderón parduzco, un utopista incorregible, al que atravesaban el alma sueños de poeta y en el cual el anhelo tembloroso se transformaba en canción.

Por eso cantaba el pequeño verderón, apenas sin darse cuenta. Cantaba porque no podía menos de cantar, porque se le calentaba el cuello y el alma tenía que librarse de su superabundancia. Cantaba sobre la aurora de una nueva vida, sobre una lejana dicha que sólo podía obtenerse en la lucha.

Los otros pájaros en el bosquecillo enmudecían poco a poco y escuchaban la canción jubilosa. Hasta que descubrían que era sólo un verderón el que cantaba así. Entonces íes invadía algo así como un desencanto. Sí, si hubiera sido un águila, pero un verderón —¡cómo es posible!

Pero el pequeño verderón, a quien ponía en tensión el más ardiente anhelo, no enmudecía, y del corazón sangrante salían tonos cada vez más profundos, ansiedad cada vez más ardorosa hacia aquella lejanía azul, donde se levanta, de las olas purpúreas del mar, la nueva tierra legendaria. Creer es preciso, creer en uno mismo, después que se ha dudado tanto de sí, creer hasta que el tiempo se cumpla.

Se posa levemente en los corazones del tropel emplumado como un lejano presentimiento, y de ocultos rincones sube ardiente anhelo hacia una lejana dicha.

Entonces aparece con prudente pausa el pájaro carpintero, un señor anciano que «vive de gusanos y ama la verdad». A él no hay que irle con tales canciones, pues es un tío completamente práctico que parte siempre de hechos concretos. Y demuestra al honorable público, de 'la mano justamente de esos hechos, que el verderón miente cuando canta a un lejano país de la redención.

—'«Quede siempre en el terreno de los hechos prácticos, honorabilísimo. La iniciativa irreflexiva no ha llevado todavía a buen fin. ¿Cómo están las cosas en la realidad? Allí donde cesa el bosque hay un campo, tras el campo una aldea.»

Aquí calló el carpintero un momento para aumentar la tensión

de sus oyentes, luego, con una 'mirada significativa al verderón, continúa su discurso: «En aquella aldea, habita Grischka, el cazador de pájaros. Esa es la primera estación en el camino hacia ©1 país del ensueño. Tras aquella aldea comienza con toda probabilidad nuevamente un bosque y luego nuevamente un campo, una aldea, etc., etc.

Y como la tierra, según se sabe, es redonda, si siguiésemos la exhortación del señor verderón y hubiéramos escapado a todos los peligros que nos amenazan, volveríamos finalmente al lugar en que ahora nos encontramos. ¿Por qué, pues, ese ruido, señores?»

La encantadora embriaguez se disipó. Se sintió irritación por haberse dejado seducir y, además, «por uno como ése». Luego lanzáronse un par de palabras mordaces a 'la cabeza del verderón y se alejaron precipitadamente. El carpintero había vencido, vencido en toda la línea.

LOS ENTERRADORES DE LA REVOLUCION

¡Oh, esos carpinteros! ¡Esos calculadores discretos, ingeniosos, que están siempre llenos de sabiduría y mienten de la manera más desvergonzada cuando dijeron alguna vez, por descuido, la verdad! Trillan siempre los mismos y viejos caminos que pisaron para ellos viejas generaciones, y se burlan de los locos que dirigen su barquichuelo por mares desconocidos a fin de encontrar al otro lado de los grises desiertos de agua la verde orilla que les encanta en el sueño.

Y cuando los atrevidos son devorados por la tempestad o su barquito se estrella en escollos pérfidos y sus ruinas son arrojadas a la vieja playa, entonces el carpintero ve llegada su ¡hora propicia para razonar. El ha sabido que tenía que ocurrir eso, pero, al que no quiere dejarse aconsejar, no se le puede socorrer. El que va al peligro perece en él. ¿Qué tenían que buscar allá afuera, cuando se les dijo tan a menudo que el agua no tiene vigas? Eso ocurre cuando se menosprecia el consejo de gentes experimentadas y se burla uno de todos los hechos prácticos. ¡Cuántas veces se intentó convencerles de la irrealizabilidad de su proyecto! pero no quisieron que se perturbara su círculo y echaron al viento toda advertencia bien pensada.

Pero cuando un atrevido argonauta, sin embargo, consigue un día llegar con la quilla de su barquito a una lejana costa y abrir a los 'hermanos del viejo mundo un nuevo dominio de la vida, no por eso los pájaros carpinteros salen de sus casillas. Que allá lejos debía haber tierra, eso lo sabían ellos bacía tiempo y lo dijeron siempre, y si finalmente se descubrió, fue mérito exclusivo suyo, que no se dejan empequeñecer por nadie. Hacer el viaje hasta allá, —eso podía hacerlo cualquiera en último resultado. No se necesitaba más que marchar derechamente basta dar con las narices en el otro lado.

Vaya un argumento, buen dios; tal o cual navega en alguna dirección —en su mayor parte sin sentido ni razón. Y cuando el azar le arroja una vez a una costa extraña, ¿por qué tanto aspaviento? También un cerdo ciego encuentra alguna vez una bellota.

Por lo demás, con el descubrimiento no está hecho, ni con mucho, todo. ¡Hay que volver a medir la tierra nueva según los modelos acreditados, hay que jalonearla, registrarla y organizarla prácticamente. «Hay que 'hacer de ella algo utilizable. Existe bastante que hacer para las gentes prácticas y experimentadas. Y los pájaros carpinteros no se hacen esperar mucho. Examinan todas las cosas con gesto de importancia, hacen una cantidad de sabias observaciones y lo ordenan todo con fina pulcritud, de manera que hasta en la obscuridad se puede echar mano. Es su mérito si el nuevo mundo se parece tan idénticamente al viejo, como un huevo al otro.

Y cuando la vida entera es nuevamente presionada en determinadas formas y ordenada rigurosamente, de manera que la tierra nueva huele por todos los poros a formas prácticas, se regocijan los pájaros carpinteros y se vanaglorian de sus éxitos. Pero en el corazón del individuo arde nuevamente el viejo anhelo y lo incita a ir más allá — hacia los oscuros abismos de nuevas auroras.

¡Oh esos pájaros carpinteros! Se encuentran en todas partes donde un anhelo agoniza, donde son acuñados los ideales en pequeña 'moneda y donde el impulso ardiente es sofocado en el pantano de la cotidianidad. Y sin embargo su famoso «practicismo» no es más que una mentira y su «experiencia» no es más que un aborto del espíritu. Han repetido siempre la vieja sabiduría de fonógrafos, han organillado siempre de nuevo las mismas muertas fórmulas y aparte de ellas nada aprendieron de la 'historia y nada olvidaron. Afirman siempre, con vanidosa presunción, que están en el buen camino y se mueven siempre, sin embargo, como ciegos en el círculo.

'Nunca han abierto a los pueblos, nuevos senderos del conocimiento; ai contrario, su limitación pueril ha roto las alas a todo nuevo anhelo, cayó siempre cobardemente sobre los luchadores e impulsores en cuyos corazones ardía el fuego del entusiasmo y atrancaron toda salida con «principios prácticos».

Siempre que nació una nueva idea en el pueblo, citaron los pájaros carpinteros de inmediato el carro mortuorio y concertaron todos los preparativos para el entierro. Su prudente practicismo y su llamada experiencia no estimularon nunca en lo más mínimo aspiraciones ideales procedentes del pueblo, aunque pretendían servirle; pero les han privado del espíritu viviente del impulso fogoso y de aquella fe invencible en la victoria de una causa que es la única que puede conquistar el mundo a una idea.

Nunca consiguieron provocar en los pueblos aquel espíritu que madura hechos y obliga a los hombres a romper tras sí los puentes que les unen al pasado. Siempre estuvieron dispuestos a chalanear los ideales por un plato de lentejas y ningún pálido respeto les impidió traicionar por treinta dineros la tierra de promisión.

Su practicismo había consistido hasta aquí en el achatamiento de las ideas, en el estrangulamiento de los grandes anhelos en el seno de las masas, que fueron siempre portadoras de todo verdadero progreso en la historia de la humanidad. Siempre han confundido el contenido con la 'forma y sacrificaron la calidad a la cantidad. Para obtener «éxitos» efímeros, han manchado todo pen-

samiento y sentimiento ideales con la baba de su escarnio mezquino; ni siquiera advirtieron que sus supuestos éxitos fueron conquistados a costa de ideas y que las masas fueron apartadas más y más de su finalidad originaria.

Su «practicismo» ha doblegado su espíritu y envejecido su alma. Creyeron edificar, pero no izaron su bandera más que sobre miserables taperas. Se aferraron siempre a las exterioridades, aun a costa de dejar sucumbir por eso el espíritu de una causa. Así se convirtieron paulatinamente en el más firme baluarte de viejos sistemas anacrónicos que se dieron la apariencia de combatir.

En realidad el famoso practicismo, que siempre estuvo y está dispuesto a concertar compromisos con los sostenes del viejo mundo y sus instituciones carcomidas por los gusanos de la podredumbre, fue siempre la fatalidad de todos los grandes y verdaderos movimientos populares que habían escrito en sus banderas la liberación social de las masas.

Tales movimientos no fueron nunca arruinados por las persecuciones que puso en vigor la arbitrariedad despótica. Al contrario, las persecuciones desarrollaron más el valor de los individuos y fortificaron sus fuerzas en dura contienda con la violencia. Todos los movimientos verdaderamente grandes que surgieron del pueblo y que fueron inspirados por entusiasmo revolucionario, pasaron a través de los muros de las cárceles y por las jhorcas y los cadalsos para resistir a su prueba. No, la tiranía sola no ha podido desarraigar todavía un movimiento efectivo de las masas, y sus mártires, ultimados por manos del verdugo se demostraron siempre de naturaleza singularísima. Se les pudo asesinar, pero sus voces salieron de las tumbas y de las fosas y atizaron el fuego de la rebelión en el pueblo.

Si esos movimientos, sin embargo, sucumbieron y su impulsividad falló repentinamente, fue porque les salió un enemigo de las propias filas. Fue el martilleo de los pájaros carpinteros, el triunfo del practicismo el que consumió sus raíces y les introdujo el germen de la decadencia y de la muerte. Aquel practicismo que nunca fue realmente práctico, cegó pronto las fuentes de su fortaleza originaria, y como Dalila se convirtió en la fatalidad de Sansón al cortarle sus cabellos, así mató el practicismo de los pájaros carpinteros aquellas cualidades y sentimientos de las masas, que habían sido hasta entonces el manantial inagotable de su fuerza.

Fue el practicismo del éxito exterior el que emborrachó siempre a los posibilistas de todos los matices y alejó cada vez más los fines originarios de un movimiento. Al intentar penetrar en las instituciones de un sistema social existente y realizar en ellas «labor práctica», fue cortado el nervio vital del movimiento y se le condenó al lento languidecimiento y a una muerte sin gloria. La idea absurda de que hay que conquistar primero las instituciones de dominación de una sociedad fundada en la esclavitud y en la violencia brutal a fin de llegar al objetivo final, infectó siempre el puro espíritu de todo movimiento y atacó sus raíces.

Toda nueva cultura social desarrolla sus primeros gérmenes en el seno de la vieja sociedad, como se desarrolla el niño en el cuerpo de la madre; como la tierna planta debe hundir sus finas

raíces en la tierra antes de que pueda romper la obscura envoltura y bañar su verdor en la luz del sol. El niño y la planta existen antes de nacer y desarrollan a su modo las condiciones previas de su vida ulterior.

Los movimientos sociales son ©I seno de donde surgen nuevas culturas, y sólo serán victoriosos en sus aspiraciones si son capaces de crearse 'por fuerza propia formas especiales de existencia y si saben eludir toda fusión con los órganos en consunción de una sociedad condenada a la muerte. Pues cada órgano cumple sólo la misión que le dió vida; no puede cambiar a su capricho sus funciones vitales y servir a otros fines.

EL CRISTIANISMO, CORRIENTE SOCIAL

Echad una ojeada al gran movimiento de las 'masas que se preparó hace dos mil años sobre el Asia Menor, Europa y el Africa del Norte. Amenazó las piedras angulares del imperialismo romano, que extendía sus brazos de pólipo ¡por toda la tierra conocida y absorbía como un gigantesco vampiro la sangre de las venas de todo un mundo. Roma ¡había encadenado naciones y pueblos; a sus muros acudían todas las riquezas de la tierra; su voluntad era la suprema ley. Se hicieron incontables ensayos de los pueblos oprimidos para romper sus cadenas, corrieron a la muerte contra esa voluntad férrea, que pareció insuperable como el poder de 'los Césares.

Entonces surgió aquel raro movimiento que ciertamente no mostró ninguna unidad programática, pero que en todas partes fue conducido por los mismos objetivos: resistir a Roma y socavar su poder.

Pequeñas comunas, nuevas fraternidades, sectas extrañas y movimientos revolucionarios se desarrollaron en todas partes y se difundieron con insospechada celeridad entre los parias y los oprimidos del imperio romano. Combatieron el derecho y el poder romanos, asaltaron los baluartes de la esclavitud, predicaron la liberación de la mujer y escribieron en sus banderas la Igualdad de todos los seres humanos.

Como dinamita obró el nuevo movimiento en los fundamentos del cesarismo romano. Comenzó la gran transformación de todos los valores. Los viejos dioses perdieron su influencia y ningún poder sacerdotal fue en lo sucesivo capaz de rehabilitar su desaparecida omnipotencia, la fe en 'la invariabilidad de lo existente nació del alma humana, y esperanzas nunca abrigadas se abrieron camino desde las honduras.

¡Qué importó entonces la rabia ciega de los emperadores! ¡Qué importó que se arrojase a aquellos «cristianos», como se les llamaba despreciativamente, a las bestias del desierto y del bosque; que un loco furioso los emplease como antorchas vivientes para alumbrar Roma! La sangre de los mártires hizo milagros, irradió nuevo espíritu en el mundo y puso fuego desde las tumbas y desde la cruz a las chispas rebeldes en el corazón de los humildes y de los

débiles. La cruz se convirtió en un símbolo y su visión impulsó más y más masas nuevas al movimiento que, por fin, derribó todos los diques e inundó el viejo mundo.

En las cavernas subterráneas y en las galerías de las catacumbas de Roma se reunió la nueva comuna, la nueva alianza de los proscritos y de los desterrados. Un miembro se integró al otro, bajo sangre y lágrimas lúe soldada una nueva comunidad, cuyos portadores »fueron inflamados por puro entusiasmo sobrehumano. Desde allí emigraron millares de 'hombres y de mujeres a todos los países a difundir la nueva doctrina y a anunciar a los esclavizados de esta tierra que se aproximaba el tiempo de la redención.

¿Qué valieron las artes de tortura de brutales verdugos y la cólera furiosa de los Césares? Se 'había ¡formado una fe que podía trasladar montañas y que se atrajo masas en las que ardía en clara llama el oscuro deseo.

La orgullosa Roma, que fue un tiempo alimentada con la leche de una loba, había resistido hasta entonces todas las tempestades. La sangre de la loba que circulaba por sus venas la hacía invencible. Reinos y ciudades cayeron bajo los golpes salvajes de las garras Imperiales, que penetraron sangrienta y desgarradoramente en el cuerpo de la ¡humanidad.

¡Roma arrolló a los árabes y Cartago no existió más; el reino de Cleopatra cesó de existir. Jerusalén cayó en ruinas. Las águilas do las legiones romanas atravesaron victoriosas países y mares y se reflejaron en las aguas de lejanas corrientes. Nada podía hacer frente a ese Poder.

Entonces se formó del seno de 'los pueblos un movimiento que no tenía a su disposición ninguna legión, que no tenía ningún poder en el Estado, que no tenía nada más que aquella fe indomable en la victoria y en la justicia de su causa. Y aquella fe capacitó a sus miembros para desterrar todo temor de su corazón y resistir a los más terribles. Ningún poder en la tierra había logrado contener la invasión funesta de sus masas habituadas al triunfo. Pero en su abnegación se rompieron las armas de la violencia, se quebrantó la voluntad despótica de los Césares.

Y el brillo de Roma palideció, la podredumbre que roía las raíces de su grandeza se manifestó cada vez más claramente. La propaganda de los rebeldes le arrancó de la cara la máscara mayestática y la mostró en su semi decadencia. Había surgido un Poder más fuerte que el poder de la espada y la arbitrariedad de los tiranos, un poder que arraigaba en el espíritu y que obró con hechos del espíritu. Contra ese poder tuvo que estrellarse el viejo mundo, como un barco sin timón contra los escollos puntiagudos.

LA ESTRANGULACION DEL CRISTIANISMO

Fue entonces cuando comenzó el martilleo de los pájaros carpinteros en el propio movimiento y lo que no pudieron conseguir las más espantosas persecuciones, lo hicieron posible los métodos de los prácticos y de los solapados.

Los pusilánimes y los amilanados, los acompañantes que se suman a todo gran movimiento de las masas, comenzaron a reagruparse bajo el estandarte de los pájaros carpinteros. Se habló de acción práctica y se previno contra iniciativas irreflexivas. «¡Siempre con calma, honorabilísimos!», dijeron los pájaros carpinteros. «Las cosas buenas requieren tiempo.» Y comenzaron a calcular y a hacer juegos malabares con los «hechos concretos», que embriagaron la cabeza de los oyentes. Algunos ¡hombres se volvieron más sobrios y otros comenzaron ya a avergonzarse de su embriaguez. Las fuertes raíces de entusiasmo empezaron poco a poco a secarse; el ardoroso ímpetu que ardía ¡hacia el cielo poderosamente desde profundidades desconocidas, se apagó lentamente para hacer plaza a consideraciones prácticas. Pero cuanto más se desarraigó la gran fe de las masas, tanto más atrevidamente criticaron los pájaros carpinteros a aquellos soñadores imprácticos que querían levantar sobre las ruinas del viejo mundo un reino de libertad y de igualdad.

«¡Utopía! ¡Utopía!», gritaron los pájaros carpinteros. «Hay que intentar penetrar en las instituciones de la sociedad presente y tratar de ganar a sus defensores poco a poco. El trabajo práctico es necesario. Hay que preservar los prejuicios de los adversarios y respetar sus ideas. Sólo de ese modo es ¡posible ganarlos para nuestra causa.

Y se hizo entonces ¡habitual que el cristianismo no sólo existiera para los pobres y los míseros; también los demás tuvieron derecho a disfrutar de sus bendiciones. Y cuanto más práctico se volvía el movimiento, tanto más eco halló en las filas de los privilegiados. Hasta que finalmente un asesino coronado declaró el cristianismo religión del Estado bajo el ¡hosanna de los pájaros carpinteros.

Oh, los pájaros carpinteros habían mentido cuando afirmaron que su 'método experimentado sería coronado por el éxito. La doctrina cuyo símbolo era la cruz, la doctrina de los parias, de los perseguidos y proscritos, se convirtió en religión de Estado, y el emperador mismo se declaró por ella. ¡Qué victoria!

Y sin embargo, ¡habían mentido los pájaros carpinteros, mentido desvergonzadamente y estrangulado la nueva doctrina. Pues mataron el espíritu, sofocaron en muertas formas la fe viviente que reflejaba las esperanzas de los más pobres, y lo que el César reconoció burlescamente como nueva religión, era una envoltura vacía, un montoncito de cenizas en donde no ardía ya una sola chispa.

Entonces maduró la doctrina cristiana justamente para la Iglesia. El practicismo de los pájaros carpinteros ¡había vencido mortalmente a los viejos Ideales. Un nuevo cesarismo, que tomó las formas de su dominación al despotismo oriental, se levantó en el «trono de Pedro». La evolución ¡había terminado. De la doctrina de un movimiento originariamente revolucionarlo, se ¡había ¡hecho un instrumento para la dominación y esclavización de las masas.

LA REFORMA, CORRIENTE REVOLUCIONARIA

Y de nuevo se repitieron los mismos fenómenos en aquel movi-

miento que abarcó toda Europa, que concluyó exteriormente con la victoria de la llamada Reforma, pero que en realidad fue algo más que una sublevación contra las excrecencias de la Iglesia romana, como quisieron hacer creer a menudo historiadores contentadizos.

Tampoco en este caso se puede hablar de un movimiento unitario, sino de una ola entera de movimientos que surgieron de las masas y aparecieron en los más diversos países, sin tener más que una cosa de común: que se rebelaban contra la autoridad de la Iglesia y fueron perseguidos por ésta del modo más cruel.

Como el cristianismo pre-eclesiástico soldó a los pobres y a los oprimidos en la lucha contra el cesarismo del Imperio romano, así soldó este nuevo movimiento las masas esclavizadas y dolientes en la lucha contra el cesarismo de la Iglesia romana. Y como el primero, también este movimiento tuvo un carácter declaradamente internacional y no se limitó a determinadas fronteras nacionales.

No hay que interpretar aquel movimiento simplemente como una contienda de diversas tendencias teológicas, que sólo fue uno de sus fenómenos inevitables. No, lo que aquí ardió del seno de las masas y puso a éstas en movimiento, era algo distinto. Fue el deseo de un reino próximo de la redención: la sublevación contra el poder temporal y eclesiástico, fue la voluntad que llegó aquí a convicción y repudió toda autoridad que tratase de restringir el pensamiento libre, apoyándose en supuestos privilegios.

¡Ese movimiento existía mucho antes de que fuesen quemados Hus y Jerónimo, antes de que el monje agustino de Wittenberg clavase sus tesis en la puerta de la catedral, a lo que después se atribuyó una importancia que nunca tuvo, y cuyo pobre contenido había sido superado con mucho por los combatientes de aquel período.

Nació del mismo espíritu que inspiró una vez a las comunidades cristianas, que despertó a nueva vida en los gnósticos y maniqueos de los primeros siglos, que hizo arder en llamas devoradoras la insurrección de los armenios en el siglo octavo y que actuó después en innumerables sectas heréticas y en movimientos revolucionarios. Fue el espíritu que dio nacimiento a la creencia en el reino milenarista de Cristo, la creencia en el reinado milenarista de la paz, de la libertad y de la posesión común, que predicaron Joaquín de Fiore y Amalrico de Bena, que movió las lenguas de los Hermanos del espíritu libre y circuló como un fluido clandestino por todos los movimientos heréticos y revolucionarios de la edad media.

Fue el espíritu que revivió en los bogomilas de Bulgaria y de Bosnia, que animó a los cátaros de Italia, Francia y España y les impulsó a la lucha contra la injusticia milenarista. Fue el espíritu que tuvo mil nombres y sin embargo fue una misma cosa. Cuyos portadores fueron denominados en Francia valdenses y albigenses, en Italia humiliatos y hermanos de los apóstoles, en Flandes beguinos y behardes, en Holanda y en Suiza anabaptistas, en Inglaterra lollarads; que vivió en Alemania en los «hermanos de la vida común»

y en cien otras sectas, que dió a los taboritas de Bohemia fuerzas sobrehumanas en sus largas y sangrientas luchas contra el emperador y la Iglesia y que llevó a los Hermanos moravos y a los partidarios de P. Ohelcicky a rechazar el Estado como obra de Satanás.

Fue el espíritu que inspiró a los exaltados de Zwłckau su aliento vital, 'que forjó en el «Bundsohuh» y en el Armen Konrad las fraternidades secretas de los campesinos del sur de Alemania, que penetró con fuego sagrado la figura gigante de Thomas Münzer.

Y como en un tiempo los Césares romanos hicieron asesinar en masa a los cristianos, así estrangularon por millares los príncipes y los papas a los portadores de las nuevas doctrinas. Los inquisidores recorrieron el país herético y las hogueras no querían extinguirse más. Cruzadas enteras fueron organizadas contra los bogomitas y los albigenses. Millares fueron muertos, ciudades enteras incendiadas, pero ¿qué valió todo eso? Los supervivientes, que recorrieron los países como fugitivos, anudaron en todas partes buenas relaciones y hallaron en las masas que debían doblegarse diariamente al yugo un buen campo para sus ideas.

Fue como si la tierra entera trasudara ideas rebeldes de todos sus poros. La sangre de los mártires, que fueron sin miedo a la muerte, fue como semilla sangrienta y avivó en el pueblo chispas amortiguadas de rebelión en llamas ardientes. Centenares de veces derrotado, el movimiento se volvió a levantar siempre con energía Indomable de todos los baños de sangre que recibió. El espíritu había penetrado en las masas nada pudieron entonces ni la rueda del verdugo ni el fuego de los inquisidores.

Hubo signos y milagros y se creyó con anhelo ardiente en la llegada del reino milenarío. El respeto ante los poderosos de la tierra había desaparecido, e irrespetuosamente sonó la canción de lucha de los grupos de Jhon Ball por las aldeas de Inglaterra:

«Cuando Adán araba y Eva tejía
¿dónde estaba el noble?»

El movimiento haba crecido poco a poco hasta convertirse en un alud que amenazó el viejo mundo con su caída devastadora. Príncipes y nobles se vieron circundados por todas partes por fuerzas enemigas y la Iglesia perdió una posición tras la otra.

EI. FIN BE LA REFORMA

Pero la fatalidad se acercó. Los pájaros carpinteros aparecieron en la superficie y exhortaron con gestos de importancia a la acción práctica. Lutero, Melanohthon, Calvino, etc., a quienes hoy se llama los grandes reformadores, compitieron contra los exaltados que soñaban con un reino milenarío y habían despertado con sus dis-

curso el entusiasmo en el corazón del pueblo. Se trató de apaciguar el entusiasmo con chorros de agua fría y dirigir el sentido del movimiento hacia el famoso cálculo, que debía obrar en él como el germen de la muerte.

Lutero, que había tronado un tiempo contra los barones y había llamado a los príncipes «los mayores locos y los niños más malos de la tierra», descubrió repentinamente su corazón práctico, pues el pájaro carpintero despertó en él, y se volvió con odiosidad colérica contra todos aquellos con quienes había marchado antes. Como todos los pájaros carpinteros, trató un tiempo de estar con ambas partes, pero, cuando la prueba debió darse con el ejemplo, se pasó precavidamente al partido de los amos y se rebajó a lacayo de los príncipes.

«¿Cambios? Ciertamente» —dijeron los pájaros carpinteros— «pero todo con medida y objetivo». Luchar en Roma contra las prostitutas de Babilonia, es voluntad de Dios, pero rebelarse contra el poder de los príncipes y barones, es una iniciativa pecaminosa y no crea ningún partidario a la buena causa.

Y ellos conquistaron a la «buena causa» partidarios entre los príncipes, los barones y los ricos ciudadanos, para quienes el protestantismo fue un capítulo tan apropiado como en otro tiempo el cristianismo para Constantino el Grande». Así se infundió en el poderoso movimiento el espíritu de la discordia y de la descomposición interna y se socavaron sus cimientos por la sabia iniciativa de los «prácticos».

Münzer sabía bien lo que hacía cuando arrojó a la cabeza del «Dr. Taimado de Witterberg», como llamó a Lutero, palabras de furiosa rudeza.

Pero cuando entre los campesinos que vivían en dura servidumbre, y tenían que soportar además que sus torturadores cubrieran de sal las heridas, se convirtió la rebelión en llama devastadora y se prepararon a asaltar los castillos de sus señores, los pájaros carpinteros se enfurecieron, por no haber aprobado sus métodos prácticos, y estimularon a los príncipes a matar a los campesinos «como perros rabiosos». Ciento treinta mil campesinos fueron muertos en aquella insurrección; y cuando los rebeldes fueron derrotados, los pájaros carpinteros hicieron fácilmente su juego.

Como sus predecesores de otro tiempo (habían transformado el cristianismo, que era la causa del pueblo, en una causa de los Césares, así se convirtió la Reforma en asunto de los príncipes y de las castas dominantes.

La Reforma venció, pero el espíritu que animó un tiempo a las masas, había sido estrangulado, sofocado en sangre. Los pájaros carpinteros y los solapados, le habían dado muerte, como Caín a su «hermano Abel. Entonces se tuvo por llegado el momento para levantar la nueva Iglesia, que no fue menos fanática ni menos dominadora, ni menos dogmática que la Iglesia de Roma. El espíritu había muerto y lo que quedó de él no podía expresarse más que como lo contrario del espíritu.

TIEMPOS MODERNOS — EL SOCIALISMO

Hoy es en el gran movimiento del socialismo donde se reproducen los mismos fenómenos.

Cuando la Primera Internacional hizo llegar su alerta a los pobres y a los desheredados de todos los países, su proselitismo halló un eco profundo y alegre en los laboriosos de esta tierra, que debían doblegar sus hombros al yugo del trabajo esclavizado y a quienes la preocupación apremiante del pan de cada día no dejaba libres un momento.

Construían palacios y tenían que habitar con su prole en agujeros oscuros, preñados de enfermedades, y llevar una existencia sin alegría. Perforaban pozos en las entrañas de la tierra y ponían su vida en peligro a todas 'horas para descubrir tesoros ocultos y sacarlos a la luz del día, y apenas tenían bastante para apaciguar su hambre apremiante, siempre al acecho ante sus puertas. Tejían preciosas telas y sedas tornasoladas y estaban forzados a cubrir su cuerpo desnudo con míseros harapos.

(Excluidos de las alegrías y conquistas de la vida moderna, tenían que entristecer su existencia en fábricas malolientes, llenas de la cadencia desconsolada de las máquinas, nunca seguros hasta que la muerte ordenaba el descanso a sus miembros extenuados. No había ninguna salida, ninguna fuga, pues el destino los había desterrado a un mundo en cuyas puertas férreas estaban escritas las palabras del gran florentino: «Abandonad toda esperanza 'los que entráis».

Sonó entonces el grito de la Internacional despertando esperanzas y promesas por los países y exhortó a los trabajadores de los campos y de las fábricas a reunirse en una gran federación que rompería sus cadenas y les llevaría a un porvenir mejor. El individuo debía echar raíces en la federación para hacer saltar los lazos de la dependencia y libertar el trabajo. Había que conquistar un mundo nuevo en donde la dominación y la explotación no tendrían más espacio, y en donde el trabajo útil y la posesión de todos los bienes tocaran a todos los hombres. El sudor y la sangre de los proscritos no debían continuar cebando parásitos ociosos, y los valores incalculables creados cada día por las manos laboriosas, debían servir a las necesidades de todos. La tierra volvería a ser un hogar para -los hombres.

El -gran anhelo circuló nuevamente por el mundo, nuevamente invadió a los hombres el espíritu, nuevamente se reanimó la esperanza en una era de redención.

-Pero la redención no debía llegar a los oprimidos desde arriba, ni por intermedio de los dominadores. Tenía que ser la obra más personal, y partiendo de ese conocimiento había escrito la Internacional en su roja bandera estas palabras altivas: la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.

¡Nada de migajas caídas de las mesas de los ricos, nada de

imploraciones a la falsa compasión de los poseedores, nada de limosna! El derecho era lo que se reclamaba. El (hombre de trabajo no debía continuar desempeñando en la sociedad el papel de pobre Lázaro. El ideal de una justicia social se había reavivado en las masas y atravesó sus corazones con sagrado entusiasmo, una nueva era se aproximaba, y los propietarios mismos debían construir los puentes hacia la tierra del porvenir.

En las ciudades y en las aldeas se unieron los pobres en alianzas y la federación extendió sus mallas por sobre reglones y pases, por sobre todas las fronteras de los Estados. Había surgido una nueva comunidad que en todos los países hallaba tierra fecunda y esparcía la semilla de que brotaría el futuro.

Millares de ideas creadoras que iban a expresarse en la edificación de la nueva sociedad circularon los cerebros de las masas laboriosas. La triste presión que había pesado tanto tiempo en las almas fue aliviada, todo lo que germinaba y hervía en lo profundo recibía expresión y forma y se integraba metódicamente. Había comenzado una nueva trastocación de todos los valores, el socialismo fue el ideal de los reprobados de esta tierra y en la lejanía crepuscular ardió la aurora de un nuevo día.

El respeto ante los poderes del pasado y sus defensores cayó en ruinas. La fe inmovible en la próxima liberación devolvió a todos la seguridad y la confianza en sí. El valor de la convicción interior ocupó nuevamente su pueblo y resistió valientemente a todos los medios coactivos de los gobernantes.

¡Qué importó que los poseedores observaran con franca desconfianza y creciente temor la difusión de la nueva asociación, que los gobiernos empollaran leyes de excepción y enterrasen a los partidarios de la Internacional tras las rejas de las cárceles! El espíritu que surgió aquí de lo profundo y fue nutrido por fuentes vitales, no pudo dominarlo nunca y se demostró más fuerte que la violencia brutal de los dominadores.

El nuevo evangelio surgido para los pobres se difundió como el viento y los privados del fruto de su trabajo sospecharon el poder que descansaba en sus manos laboriosas, poder de que hasta entonces no habían tenido conciencia. Pues era su trabajo el que rejuvenecía diariamente la sociedad y la mantenía en vida. Tenían la palanca de todo acontecimiento en sus fuertes manos, y lo que se convirtió en íntima sensación del poeta cuando encarnó al proletariado en aquel cíclope tonante que llevó al valle el barco en que navegaba el rey, maduró en los cerebros de las masas lentamente.

EL SOCIALISMO PRACTICO

Pero entonces se advirtió el martilleo de los pájaros carpinteros

y cayó en los corazones de los desheredados como la neguilla sobre el sembrado tierno.

Se quería ser «prácticos», conquistar el Estado, penetrar en las instituciones de la sociedad burguesa, tomar parte en la legislación y se previno contra las redundancias.

Con gesto sabio y comportamiento pretencioso fortificaron los «prácticos», de la mano de los «hechos concretos», la conveniencia de sus métodos experimentados. Se dieron la apariencia de estar en posesión de un socialismo singular, que llamaron «científico» para dar más peso a sus concepciones. Eso atrae siempre y además se 'hace muy bien. Decid al «tonto del pueblo» que dos más dos hacen cinco y se reirá de vosotros; pero probádselo «científicamente» y os creará sobre vuestras palabras.

Naturalmente, el método de los pájaros carpinteros era el único que podía traer el socialismo, todo lo demás eran fantasías inmaduras y utopismo impráctico.

Basta, afirmaron los pájaros carpinteros, que un bravo correligionario cumpla su deber de elector y deje la realización del socialismo a su representante experimentado, que conoce mejor las condiciones y está en mejor situación, en base a sus ricas experiencias, para dar exactamente con lo justo. En general es absurdo y completamente fuera de Jugar hablar de una revolución social, después de haber probado «científicamente» que el socialismo no llega más que cuando las «condiciones están maduras» para él. Pero reconocer esto no es por desgracia cosa de todo mortal ordinario. Por esas razones es aconsejable comisionar a un comité especial de compañeros singularmente capacitados, para aprovechar el momento oportuno, a fin de saber cuando habrían llegado las condiciones o la madurez necesarias. Ciertamente hay elementos oscuros que abrigan dudas sobre tal capacidad especial, pero toda persona científicamente instruida puede confirmar a aquellas cabezas infantiles: Al que dios dio una función, lo proveyó de los necesarios dones racionales para ella. Pero entretanto hay que realizar «labor práctica» y ejercitarse esmeradamente en el arte de gobernar para estar siempre a la altura y prevenido contra todas las eventualidades.

¡Lo más peligroso es tener demasiada prisa en la realización del socialismo. Roma no ha sido en fin de cuentas edificada en un día. En general no es bueno reflexionar mucho sobre tales cosas. Un buen correligionario mantiene estricta disciplina y deja la función de pensar a sus representantes experimentados.

Particularmente mal hablaban los pájaros carpinteros de aquellos que apelaban siempre a la cualidad de los proletarios como productores y les hablaban de la acción directa y de la huelga general. Ya el bienaventurado Nazi, decían, había demostrado científicamente que la huelga general era un absurdo, y él lo ha sabido seguramente. Además no había que perder de vista que por tales actos se asustarían necesariamente muchas personas, lo que de seguro no conviene a la salud. No hay que adelantarse a la evo-

lución, sino dejar que todo siga tranquilamente su camino para no perturbar el orden natural de las cosas.

Y los pájaros carpinteros realizaron «labor práctica» en la más amplia medida. Fueron tan incansables en la conquista del poder que de su socialismo no quedó más que un brebaje incoloro. Todo lo que hicieron madurar profetas entusiastas y luchadores atrevidos en las masas desde hacía décadas, cayó víctima del «practicismo» y se marchitó como las hojas en el otoño.

Donde llegó su influencia refrescaron en todas partes en el pueblo el brillo del Estado y despertaron en los corazones de los oprimidos la creencia en una solución estatista del problema social, que hasta aquí se convirtió siempre en fatalidad. Más aún: la jerarquía del Estado les sirvió de modelo para la formación de sus propias organizaciones y la «centralización de las fuerzas», que fue siempre la victoria de lo mecánico sobre el espíritu, se convirtió para ellos en dogma Intangible. Toda iniciativa personal, toda convicción interna, que arraiga en el sentimiento de responsabilidad de los hombres, fueron sofocados en germen y en su lugar se puso la tenebrosa sabiduría filistea.

Bajo la influencia de los pájaros carpinteros degeneró la doctrina viviente del socialismo en partido, como en otro tiempo el cristianismo en iglesia. Comenzó luego la gran muerte de los ideales, la transformación del espíritu en muerta fe en las letras de la ley, tras la cual no quedó anhelo alguno. Apenas es capaz el oído todavía de percibir entre el martilleo monótono de los pájaros carpinteros «que viven de gusanos y aman la verdad».

¡Oh, esos pájaros carpinteros, esos crueles sepultureros de todo impulso interior, de toda fe ardiente en el valor y en la justicia de una causa, por la que puede morir alegremente el individuo! Se vanaglorian de estar con arribos pies en la tierra y no arraigan más que en el lodo y en los charcos del pantano. Su llamado «practicismo» ¡no ha sido más que la mezquindad del que hace cucucos de papel, la repulsiva trampa del cambalachero. Mienten en mil leguas y blasfeman por principio.

Donde los ojos del vidente ven en la lejanía soñadora tierra nueva, el pájaro carpintero acecha en el fondo y calcula la cosecha. Donde una nueva verdad circula en pensamientos hirvientes por mil cerebros, aparece de inmediato el pájaro carpintero y da la alarma a los bomberos. Con noble atrevimiento se sube en la cruz del redentor y proclama: Yo soy más grande — y ante todo más sabio que aquel que está debajo de mí. Aquél os mostró cómo se ofrenda la vida por un ideal. Pero yo os muestro cómo se puede vivir para la acción práctica y no se corre el peligro de ser crucificado.

Donde nobles señores disfrutan, allí festejan triunfos los pájaros carpinteros; donde el espíritu comienza a pudrirse, allí predica el pájaro carpintero. Se encuentra en todas partes donde hay gusanos y donde se puede amar la verdad de manera práctica, sin entregarse a vanas ilusiones.

«Tiene que haber en nuestra sangre algo de los pájaros car-

pinteros, que nos hace detenernos siempre que comienza el martilleo en el bosque.

¿Llegará el día que nos redimirá de los pájaros carpinteros, que nos libertará de la maldición del «practicismo»?

INDICE

	Pag.
El prosaísmo triunfa	3
Los enterradores de la revolución	4
El Cristianismo, corriente social ;	7
La estrangulación del Cristianismo	8
La Reforma, corriente revolucionaria	9
El fin de la Reforma	11
Tiempos modernos. — El Socialismo	13
El Socialismo práctico	14

Felipe ALAIZ

Nueva Maldición del Practicismo

ANTECEDENTES

Hace un poco más de un cuarto de siglo vibró España como nunca. Una de las consecuencias de aquella novedad vibrante fue el nacimiento de la Confederación Nacional del Trabajo.

La eficacia sembrada por nuestros maestros —especialmente por el inolvidable Anselmo Lorenzo, verdadero abuelo de la Confederación— produjo extraordinaria resonancia.

Coincidió con ella (sin ser su causa) la revolución rusa. Para los españoles, aquella revolución fue una sugerencia lejana. Inmediatamente después de producirse, nació en España la interpretación diferencial. El español es por esencia crítico. En la Confederación, esta crítica es tan patente que acabó siempre con los líderes. Todos los que tenían idea de serlo, se fueron a la política, es decir, al caos.

El grupo «Tierra y Libertad» y sus afines —de larga historia consecuente y constructiva en los medios avanzados— marcó el arranque. José Prat, tan seguro en la dialéctica, fue el promotor más documentado, razonador y práctico, de la oposición a la dictadura bolchevique, teoría sin realización socialista práctica y sin competentes resonadores en España. Recuérdese como los primeros dirigentes comunistas de España como bastantes sucesores fueron lanzados por los bolcheviques al ostracismo.

Fuera de España, Rodolfo Rocker, Max Nettlau y otros maestros, como Berneri después y los argentinos de la F.O.R.A., marcaron la diferencial crítica con lucidez. Pero en España se debió a Prat principalmente la revisión más seria del socialismo de Estado implantado en Rusia por un partido político, no por el pueblo ruso.

Es este mismo pueblo ruso en la generación siguiente, y no ningún partido, el que gana ahora la guerra a la barbarie germánica. Ningún partido puede atribuirse la victoria. Si el comunismo partidista ruso ha querido contribuir al triunfo, ha tenido que suprimir su propio Comisariado político en las unidades combatientes. La Confederación Nacional del Trabajo salió indemne, en general, de la Influencia rusa. Sus publicaciones dieron al principio y después el ejemplo más notorio de interpretación apolítica. Andando el tiempo, la influencia del comunismo partidista se filtró en los medios confederales de manera subrepticia como en la Unión General de Trabajadores y en grupos intelectuales despistados de clase media, no evolucionados en sentido integral, como lo estaban los obreros apolíticos ya antes de que hubiera Confederación puesto que por

su cuenta y riesgo se habían anticipado a la Internacional como ha probado Nettlau concluyentemente con documentación irrefutable.

Todo lo dicho y escrito en los medios confederales desde el punto de mira revisionista de retroceso obedeció desde 1918 hasta hoy a la sugestión rusa, confesada o no.

Respecto a la conquista del Estado –raíz y base declarada de todos los reformadores sin excepción– siguen estos por instinto la teoría leniniana. Si la alteran en algunos casos, no es que la olviden, sino que la desconocen.

Recordemos el intento oportunista en Cataluña hacia 1918. Consistía en incorporar automáticamente el grueso de los efectivos confederales a los partidos de izquierda, con censo reducido entonces, precisamente por acumulación maciza de trabajadores en la Confederación. Layret y Companys patrocinaban aquel intento. No tuvo más consecuencia que aumentar la producción de literatura deliberante. Aquellos políticos perdieron la vida víctimas del terrorismo oficial, endémico en España. Con escasa información auténtica estaban deslumbrados por los acontecimientos de Rusia. Lo prueba Companys, prisionero del comunismo de partido en Cataluña, singularmente desde 1936; prisionero también, antes y después de 1936, del llamado extremismo catalanista, bolchevizado por la política rusa, favorable nominalmente al nacionalismo irredento.

El treintismo surgió como vaga modalidad reformadora respecto a cualquier idea articulada y constructiva, pero fue violento y extremista contra el titulado extremismo de la Confederación, al que los reformadores adjudicaban gratuitamente, como los comunistas, falta de eficacia realista y olvido de los hechos. El titulado extremismo de la Confederación, nadie ha podido concretarlo todavía. Pero si alguien lo representó fue García Oliver, adversario declarado ahora del extremismo. Que el treintismo tenía solera rusa está demostrado porque se incorporó, de una manera inorgánica y desordenada aunque vehemente, a la política izquierdista de Cataluña y a sus nóminas como el catalanismo de Esquerra culminó en su entrega al partido de Comorera, oficialmente comunista. García Oliver seguía y sigue aferrado a la alianza con los comunistas desde que gobernó con ellos. En el Sindicato de la Madera de Barcelona dio una conferencia en los primeros tiempos de la República defendiendo la conquista del poder. Más tarde, en el 34, representando al grupo «Nosotros» mantuvo controversia cerrada con el grupo «Nervio» –en el local de la calle Mendizábal– defendiendo asimismo su teoría de conquista del poder, que ya le había conquistado a él.

El Partido Sindicalista no ha gobernado todavía. A propósito de él puede establecerse la paradoja de que la Confederación no organizaba ni autorizaba por ningún Congreso para gobernar, gobernó tres años –desde 1936 a 1939– cuando el Partido Sindicalista, nacido expresamente para gobernar, según su propia teoría constituyente y textos similares, quedó fuera de todas las situaciones gubernamentales. La sugestión rusa influyó en el Partido Sindicalista, como en todos los Intentos divisionistas, nacidos en la intimidad de la Confederación. La teoría de Angel Pestaña reproducida en documentos de la prensa consiste esencialmente en dotar a su núcleo de un instrumento de gobierno, inexistente en

la Confederación por su carencia de credo sufragista. Esta es la reivindicación permanente, la doctrina invariable, la tesis fija, la consigna principal millares de veces repetida por todos los partidos comunistas del mundo, respecto a lo que llaman estos «insuficiencia sindical». La titulada insuficiencia sindical es una fantasía. Tiene unos Estatutos la Confederación. Si consigue realizarlos, ella misma iría como ya fue, más allá. Mientras no consiga su objetivo, el »politicismo es el arma segura, probada, no teórica. El prestigio moral de la Confederación se debe a su apoliticismo y a su bibliografía, no igualada por ningún núcleo español.

Las corrientes aliancistas en la Confederación asturiana con afines no meramente sindicales, corrientes añejas en aquella región ¿no son otra prueba de acuerdo con núcleos sufragistas gubernamentales? Hemos visto en todos los Congresos nacionales de la Confederación la unanimidad aliancista casi completa de los asturianos. Asturiano era el último ministro confederal de la situación republicana presidida por un acumulador de comunismo de tanto relieve como Negrín, a quien los socialistas no perdonaron tanto su carácter dictatorial como lo perdonó la Confederación por boca de sus Comités sin control de la base, base que atacó a los comunistas por autodefensa a pesar de que la Confederación gobernaba con ellos.

El Comisariado en la guerra civil española fue una institución típicamente soviética a la que se rindieron muchos compañeros deslumbrados inesperadamente, dando nuevos motivos para que la modalidad rusa dominara de hecho en todo el Comisariado. Lo ha probado Indalecio Prieto en la abundante documentación que facilitó para explicar su lanzamiento del Ministerio Negrín. Y pueden probarlo y lo han probado los comisarios no deslumbrados por los galones.

Recordemos ahora lo ocurrido en los medios confederales en plena dictadura de Primo de Rivera. Aquella petulante plataforma de Archinov que surgió en Francia con pretensiones reformadoras y llegó a España, al decir de sus corifeos, como un intento de dotar a la Confederación de coherencia combativa y vitalidad ¿cómo acabó? Acabó confundiendo oficialmente Archinov y sus parciales con el comunismo de partido. He aquí otra prueba incontrovertible de lo que representaba el sonsonete posibilista en los medios confederales. La opinión de Archinov no tuvo consecuencias. El pueblo español siguió imperturbablemente adherido, y más la avanzada confederal, a la doctrina concreta experimentada con tanto éxito, del apoliticismo.

La reciente tentativa de Horacio Prieto, como la no tan reciente de García Oliver respecto a organización de partidos, es una confesión palmaria de lo que ambos creen insuficiencia sindical. En el fondo coinciden con Pestaña, después de atacarle García Oliver despiadadamente. Horacio Prieto fue el iniciador del intervencionismo político.

Socialistas y comunistas colaboraron gobernando. Pueden volver a colaborar después de reñir en diversos tonos. Pero de todas suertes colaborarán siempre en nombre de la insuficiencia sindical o gremial tal como ellos la entienden, exactamente igual que la entienden todos los partidos comunistas del planeta.

El P.O.U.M. fue también una sugestión rusa, ya patente en sus fundadores antes de existir el P.O.U.M. Que fuera la inspiración rusa ortodoxa o heterodoxa es otra cuestión, de pleito interno. Pero siempre se trata de Rusia, de la Rusia que presenció la primera colaboración de Lenin y Trotzky. El P.O.U.M., ya en sus antecedentes de oposición, empleaba los mismos tópicos, la misma literatura olímpica y electorera contra la Confederación que los partidos republicanos y el socialismo colaborador. La Confederación era «el ídolo de los pies de barro» porque no creía en el mandato parlamentario ni en el equívoco político. Si ningún político cree en la política de otro ¿cómo hemos nosotros de creer en la política de ninguno?

Los participantes confederales en Unión Nacional ¿acaso no eran asociados entusiastas, no meramente indirectos, del comunismo? Y toda la colaboración confederal en el período de la guerra ¿no fue supeditada a las directivas de Negrín? La oposición a las Colectividades, la ofensiva contra los aragoneses, la disolución del Consejo de Aragón ¿no se realizaron por unidades armadas comunistas? El cese de los cuatro ministros —Montseny, García Oliver, López y Peiró— ¿no se debió, después de los hechos de mayo del 37, a imposición comunista? El comunismo patente de Mantecón, gobernador de Aragón ¿no privaba en las alturas ejecutivas de allí? Mantecón representa la orientación comunista de los núcleos de clase media vinculados por deslumbramiento al comunismo de partido, un confesionalismo meramente sentimental aunque en el fondo virulento contra la libre manifestación popular que ensayó con infinitos matices —no todos desacertados como se cree— la economía colectivista.

Casos hay más recientes de influencia comunista en los medios confederales. En puridad aquella influencia consiste en desestimar el factor sindical por supuesta insuficiencia para determinar incluso, la vida económica. Se prescindió de los hechos con falta de probidad, como ¡hoy. Se propicia, por ejemplo, la colaboración con partidos que no se sabe si tendrán electores. Se propicia la formación de unidades militares en el mañana de España, olvidando que la Carta del Atlántico proscribió en su cláusula octava el establecimiento de fuerzas armadas permanentes en todos los países. Se olvida igualmente que la Constitución Española del 31 renuncia a la guerra. Podemos atribuir a la solemnidad de las declaraciones políticas de Churchill y Roosevelt, como al texto constitucional del 31, una eficacia abstracta muy relativa y hasta inoperante. Pero si los reformadores aceptan las directivas democráticas ¿cómo se atreven a patentizar su desacuerdo con Churchill y -Roosevelt a la vez que su apartamiento de la Constitución de 1931? ¿No quedó ésta por los suelos al disolverse en julio del 36 toda actividad parlamentaria y gubernamental por abandono reiterado de lo que se llama pomposamente prerrogativa del poder? ¿No fue el pueblo quien venció inicialmente al fascismo por un procedimiento activo, directo? ¿No lo vencieron los españoles con las armas arrebatadas a los militares y no con las del Estado? ¿No han probado hasta la saciedad los compañeros del Movimiento Libertario de Africa en documento memorable, que aquella Constitución del 31 caducó y prescribió en julio del 36? ¿No es razonable abrir en España un período constituyente nuevo con libertad

de soluciones y determinación de bases y motivos distintos? ¿No era la Constitución del 31 copiada de la socializante tímida de Weimar por Jiménez Asúa, Constitución que ni siquiera -las democracias tratan de galvanizar? ¿'No estamos viendo que incluso países como los Estados Unidos de América del Norte en la persona de Roosevelt se inclinan ante el rendimiento funcional de las Federaciones Industriales Obreras, a las que se debe la victoria contra Hitler por la aportación de potencial de guerra? ¿'No es el motorista americano no militar el que vence al militar alemán? ¿No estamos viendo como en la Conferencia de San Francisco, el tema primordial es la posibilidad de preconizar la semana de 48 o 60 horas para la reconstrucción de Europa? ¿'No se advierte con claridad la envergadura de tal cuestión, sobre la que girarán todas las demás?

¿Por qué empeñarnos en resucitar otros problemas artificiales, como el militar? ¿'No queda éste pulverizado por la guerra actual? Si incluso países monárquicos y burgueses como Suecia y Dinamarca carecen de ejército, ¿por qué ha de tenerlo la República española?

En alguna República de Europa como Suiza, o de América como el Uruguay no hay ejército, ¿por qué ha de haberlo en España?

América del Norte ha demostrado que no teniendo ejército puede improvisarlo sin sostener en tiempo de paz ninguna carga inútil. Y se trata de un ejército de ataque a Europa, de un ejército triunfante contra Hitler en Europa y África, contra los imperialistas japoneses en el Pacífico. ¿Por qué? Pues porque América es un país no equipado militarmente sino superindustrializado. La democracia política no interviene en nada.

Por cada combatiente americano fuera del país hay en América quince trabajadores para facilitar equipo, alimentos y material bélico. Los partidos no intervienen en nada de eso, sino los obreros.

Si un país como América puede hacer frente a una guerra ofensiva sin permanente ejército en tiempo de paz, ¿por qué España ha de tener ejército permanente?

¿De qué sirve a Alemania su monstruosa organización militar permanente si se ve derrotada por un país de ejército no permanente como América, por un país sin ejército permanente de tierra como Inglaterra y por formaciones de paisanos en la base como los que lucharon en el «maquis» francés hasta agosto de 1944?

¿De qué sirve el ejército permanente alemán frente a los guerrilleros de Tito? ¿Y qué ha sido el ejército fantasma de Mussolini en larga agonía frente a tropas improvisadas?

Si la ingeniería civil americana puede improvisar una guerra y ganarla contra la Ingeniería guerrera profesional permanente de Alemania, ¿qué podemos pensar de los ejércitos permanentes? Pues que los ejércitos permanentes han pasado a la categoría de mito, teniendo en cuenta objetivamente la experiencia de la guerra. Y que una organización industrial potente de paz es la que gana la guerra en todo caso, mientras pierden las densas formaciones permanentes de fuerza militar.

España, quiera o no quiera, carece de recursos para sostener un ejército permanente.

Así, pues, lo mejor parece ser lógicamente contar con una potencia industrial española considerable y vincularla a la reconstrucción civil. La oficialidad puede demostrar su aptitud, que nadie duda, para la convivencia civil. Los ingenieros calificados pueden agregarse a los servicios de Obras Públicas. Los artilleros a las industrias siderúrgicas y otras. Infantes y jinetes a los servicios catastrales, a la enseñanza, a la remonta civil, a los servicios técnicos de banca, comercio, etc. Y los reclutas, en vez de perder los mejores años de su vida en el cuartel, pueden seguir trabajando en despachos, campos, fábricas, talleres y laboratorios, de donde no debieron salir.

Los ejércitos permanentes están en absoluto descrédito. Rehacerlos no puede ser el programa de una política republicana que empezó por renunciar expresamente a la guerra por texto constitucional propio y que permanece adherida a la doctrina de la Carta del Atlántico, adversa rotundamente, categóricamente, al ejército fijo.

El General Eisenhower, según información de la prensa, dialoga con un soldado americano en Francia y le dice:

—¿Seguirás en tu granja?

—Sí, contesta el soldado.

—¿Podrás darme un destino en ella cuando llegue la paz?

Como Cincinato, no trata de ocupar plaza militar después de la guerra.

Esta anécdota contrasta con la situación de Alemania, donde se raciona hasta la madera de ataúd y el militarismo es una profesión en descrédito completo.

Si un general victorioso como Eisenhower piensa abandonar el oficio, ¿con qué derecho los militares españoles, ocasionales o no, aspiran a incrustarse en la nómina militar de manera vitalicia? El país no puede ni quiere soportarlos.

De no tener ejército la República del 31, no hubiera habido levantamiento falangista ni militar. ¿Por qué la República no revisó el problema de los cuadros armados profesionales, incorporándolos a la vida civil, cosa que pudo intentar y hacer, incluso sin colisión con supuestos intereses creados?

Todas estas consideraciones van encaminadas a demostrar que mientras la corriente general del mundo se orienta en sentido favorable al desarme, hay núcleos españoles obreristas en el exilio que propician la organización militar permanente en tiempo de paz y la creación de un ejército. Este es también un punto de vista soviético que la guerra ha desvalorizado, puesto que el ejército ruso, aun con su cantera inagotable de material humano, nada hubiera podido hacer contra la horda hitleriana sin la industria de guerra de Norteamérica, según demuestra la estadística reproduciendo los documentos diplomáticos de su política exterior desde 1931 a la época guerrera actual con la firma de Cordell Hull, secretario del Department of State (1943).

La información más reciente sobre la ayuda americana a Rusia se refirió —a mediados de marzo de 1945— al envío de una fábrica de vehículos en piezas desde América a Rusia. Se montó aquella fábrica cerca del mar Caspio y se transportó después hacia el norte.

El peso total es de 7.000 toneladas. ¿Qué organización militar permanente en cualquier país sin industria o con industria deficiente puede hacer la guerra sin apoyo parecido, propio o extraño, pero convertido en tal por el adelanto industrial de la ingeniería de paz?

Clara aparece la influencia soviética en las escisiones confederales. Incluso el léxico de los reformadores coincide textualmente en el ataque con el léxico soviético. Recordemos las admoniciones de André Colomer, que se sirvió en Francia de un veterano portavoz «Le Libertaire» para camuflar propaganda sovietizante. Lo mismo ocurrió en España. Cuando en las asambleas obreras surgía voz extremista, algún cuento de miedo, alguna información internacional do consigna melodramática, es que teníamos detrás una oficina soviética o pumista.

En Sevilla, Adame y otros sindicalistas neutros empezaron por querer revisar los fundamentos de la Confederación y el síntoma no falló nunca: los pujos reformadores obedecían al impulso soviético.

Como la esencia de éste va evolucionando hacia la derecha, y la concordia Roma-Moscú parece haber llegado a un punto culminante con la aceptación por Rusia de la religión ortodoxa mientras Stalin conferencia con el patriarca Alexis la ayuda americana a los Soviets y las consignas comunistas favorables en Occidente a reformas triviales, desbordadas hace medio siglo en los países burgueses de Europa y América, ¿no serán facturas presentadas a los Soviets a cambio de la ayuda para atenuar y hasta suprimir la propaganda soviética, confundida con el reformismo de los burgueses subalternos y favorable a la nacionalización de industrias grandes?

Públicamente abogan los partidos comunistas de Occidente por la nacionalización de las grandes empresas de Servicios Públicos, Banca, Transportes, etc. Esta nacionalización es un hecho por lo que respecta a las Comunicaciones en todo el mundo, ya que son éstas monopolio del Estado. Los comunistas olvidan en su afán de reformadores incluso el factor sindical, que menosprecian para fortalecer el Estado y prescindir hasta de la organización de clase. He aquí el sueño dorado de los escisionistas confederales, declarados o encubiertos, que procedentes de los medios obreros se apresuran a desestimar como estadistas delirantes y novatos lo que un núcleo sindical y una Federación de Industrias podrían representar contra el centralismo inepto de los ministerios. La Federación de Industrias está muy lejos de ser la concentración de peones que creen muchos peones.

El lenguaje de los reformadores vacila entre el fácil sarcasmo y la literatura de pretensiones a base de sufragismo y confusa organización política, que suponen estable. Pero la verdad es que en todos los proyectos domina la ausencia más completa de plan articulado y son un tejido de anacronismos en descrédito incluso dentro del ambiente republicano.

En la importante cuestión de la enseñanza –igual los reformadores que los Soviets– no creen posible otro patronaje que el del Estado. En este capítulo están los reformadores proletarios mucho más atrás que la Inglaterra imperial con su enseñanza libre de régimen privado. Las célebres universidades de Oxford y Cambridge son libres, y lo son esencialmente los Institutos de segunda

enseñanza. En América del Norte, la enseñanza depende de patronatos técnicos pero no del Estado. Si existe la libertad de asociación en un país, ¿por qué no ha de haberla para la cultura organizada por los capaces y no por el Estado, que incluso para adjudicar una escuela o una cátedra ha de atenerse, falto de aptitud, al dictamen de los técnicos? ¿No tenemos el ejemplo de la Universidad libre de Bruselas fundada por Reclus? Aquella Universidad Impulsó el movimiento científico del mundo como ningún centro oficial.

En los países fascistas la juventud entraba automáticamente en las escuelas del Estado. En Alemania en la «Hitler Jugend». En Italia en la «Gioventu del Littorio». Allí se enseñaba la doctrina sangrienta del nazismo y del fascismo, como en la España de Franco se encuadra a los alumnos en formaciones militares. Todo esto es una ignominia. La enseñanza es por naturaleza, experiencia y principio, ajena a dogmas de Estado y programas de partido, de nación y de secta.

Si España puede tener autonomía integral en cada uno de sus núcleos de población, grandes y pequeños, ¿no aspirará cada uno de éstos a dar forma a sus anhelos de cultura general, técnica o calificada, con opción a ellas según capacidades y no como tradicionalmente, según los medios aleatorios de cada ciudadano para costear estudios?

Decía Guerra Junqueiro que la escuela oficial no dará luz hasta que se quemé. Hay que separar del complejo problema los casos abundantes de buena enseñanza; pero está tan intervenida por el Estado que los maestros no pueden contar, si tratan de hacer obra, más que con ellos mismos y sus libres iniciativas. La escuela de Ferrer debió evolucionar metódicamente y evolucionó en parte, pero sin plan concreto de conjunto. La autonomía municipal daría a los maestros elegidos por el pueblo y no por el automatismo oficial, un campo de vocación estimulante. En los pueblos rurales vivió la enseñanza sin otras perspectivas que las de animosos pedagogos modernos y las del elemento popular, que respeta el maestro —como no le respetan los caciques— y hasta suple con generosidad el cazurrismo y la tacañería del Estado. La enseñanza no necesita en España para fomentarse otro aperitivo que libertad de recursos en los pueblos para atenderla bien y apartarla de los Ayuntamientos oficiales, cuya misión consistió siempre en espiar y martirizar a los maestros inteligentes no rendidos al cacique.

La Confederación Nacional del Trabajo cree acertadamente que la economía es ajena al Estado. ¿Por qué no ha de superar la probada ineficacia de éste en el delicado problema de la enseñanza? La pedagogía está ahora en período evolutivo y llega sin proponérselo a conclusiones libertarias, como la llamada ciencia penitenciaria, tan certera ya en tiempos del profesor Dorado Montero. V cuando estas corrientes de la mentalidad mejor evolucionada siguen un cauce ajeno al monopolio docente del Estado, ¿van a ser precisamente los trabajadores quienes favorezcan los designios de los partidos, que todo lo convierten en materia electoral y fiscal? ¿Van a desoir las enseñanzas de un Heibert Read en su obra «The Politics of the Impolítica!»? El profesor Read, de la Universidad de

Edimburgo, crítico de renombre en Inglaterra y director de una revista muy sugestiva y leída «Burlington», preconiza el socialismo de Kropotkin y no el de Marx, abogando por una sociedad que respete la libertad individual y dé hasta al artista un clima de autonomía, seguro como está Read de que —según la clara fórmula del escultor Erik Gill— un artista no es un hombre aparte en el conjunto ciudadano, y de que todo hombre es artista a su manera.

Los que se ríen zafidamente de las barbas de Kropotkin no sabemos que léxico emplearían para contradecir al ilustre profesor de Edimburgo. Si en nombre de Kropotkin los torpes dijeron tantas torpezas, ¿qué culpa tiene aquel maestro? Kropotkin nos da excelente levadura para que hagamos buen pan. La política nos da pan incomible, pan pintado.

LO REAL Y LO FALSO

Para Rousseau, maestro muy discutido y sometido a revisión, pero que de todas maneras pasa por autoridad en algunos medios avanzados, aunque está desbordado por el socialismo humanista *en* sus manifestaciones dispersas anteriores a él y posteriores, la voluntad general es una suma de voluntades individuales. Para algunos antagonistas de Rousseau, sobre todo para los discípulos de Hegel, como Marx, la suma de Individuos se considera como una realidad teórica encarnada en una especie de profeta, realidad que trasciende como por arte de magia desde el profeta a los individuos, los cuales ignoran totalmente las conveniencias y oportunidades de cada momento, aplicándose con persistencia el profeta a conseguir –según el propio Hegel en su «Filosofía del Espíritu»– que los Individuos en tanto que individuos, no existen. He aquí el fundamento de la dialéctica hegeliana que Engels más que Marx estableció (aunque con reservas de índole subalterna) como un rebrote de la filosofía de auto-aniquilamiento, tan vieja en el mundo como el sol. Todas las escuelas, todos los sistemas de política de hoy obedecen –no sólo al comunismo de partido– a aquellas directivas, hegelianas que su representante personal derivó del viejo complejo autoritario, precisamente de sus corrientes más desviadas de la libre experimentación científica, que se produce por actividad individual libre y colaboración.

A partir de Hegel, pues, y no de Marx, a partir de la dialéctica hegeliana y no la doctrina marxista, a partir de Hegel, que metodizó el doctrinarismo autoritario de los siglos, cualquier tendencia sociable de base discursiva independiente y práctica emitida en cualquier latitud en contradicción con la doctrina abstracta del auto- aniquilamiento, fue inmediatamente atacada por los dogmáticos hegelianos.

Bakunin fue brevemente hegeliano en la juventud, humanista en la madurez. Pero los que se ríen de las barbas de Bakunin no han pasado como él por la crisis profunda que representa para un oficial de artillería de carrera y aristócrata ruso, desentenderse por el razonamiento y la experiencia del tóxico hegeliano, que instintivamente ataca a los reformadores del peonaje gremial a base de metafísica absolutista que ellos desconocen, pero que está en el confuso subconsciente. Como carecen de argumentos al estilo de Hegel o de cualquier otro estilo, y no han leído el «Discurso del Método» de Descartes, ni siquiera en su parte laica, argumentan y profetizan muy agarrados a la cuerda floja del practicismo, de

los «hechos concretos», de las circunstancias (determinadas por otros), del oportunismo, en una palabra, de lo que llaman «realidad». Olvidan que es real el ignorado por tantos movimiento de los astros, la Historia, totalmente ignorada, las tierras profundas y la psicología determinante de la voluntad en la mayor parte de los hechos corrientes. Ignoran toda la aportación cultural que no figura en los manifiestos. Se ignoran a sí mismos. En la interpretación de los fenómenos no han hecho más que difundir doctrina republicana y masónica.

'Emiten una teoría de adaptación, y con nebulosos términos la propagan por escenarios, revistas y campos deportivos. No saben que el mismo deporte al uso es una consecuencia de la doctrina hegeliana. Quince o veinte mil espectadores presencian un partido de fútbol. Los jugadores se disputan el triunfo, y se dice que la ciudad donde radica el campo de juego es deportiva cuando los 15 o 20.000 espectadores no juegan ni se mueven más que para alborotar. Lo que hacen es ver jugar, y por ver jugar no se es deportivo ni se es nada que tenga que ver con el ejercicio, con la expansión del humor, ni con el equilibrio muscular saludable.

El hombre que se tiene por práctico aconseja en resumen a los ciudadanos que sean republicanos. Si conservan la candidez de escucharle repite que el conjunto social equivale a la multitud deportiva, y que basta con que 22 jugadores hagan un partido, que lo práctico es aceptar lo que venga y sentarse en una grada. No jugar, no nadar, no trepar montaña arriba es lo que importa. Basta que jugando una minoría entretenga al público, que arme éste de vez en cuando broncas y salga del campo cansado de berrear. Los jugadores —en el partido, como los políticos— lo hacen todo. El público —hegeliano sin saberlo— es un conjunto amorfo incapaz de hacer deporte libre, pero muy capaz de gastarse unas monedas para presenciar el partido, pasando antes, no muy deportivamente, por la taquilla y gastándose en comprar entradas lo que tal vez le haría mejor provecho invertido en libros o en víveres. Ahora, que el público es el público endomingado. El pueblo está fuera del campo.

Los reformadores, en su delirante manía, olvidan que los remedios que formulan ya los formularon todos los profetas de la tierra, cultos o incultos, obreristas o burgueses, letrados o leídos. Ya los formularon y hasta practicaron todos los continentes sin más resultado que encender el mundo en guerras y quebrantos, miserias y vergüenzas.

Lo que se supone que deben hacer los demás antes de llegar el momento de hacerlo no es nada que se parezca a practicismo, a realismo. En nombre de éste no hay ningún derecho a llamarse realista ni práctico, sino ilusionista. Se es simplemente un teorizante, un doctrinario que dictamina a ciegas. En Francia, el partido monárquico Daudet-Maurras se atiene en su doctrina a Augusto Comte, el positivista, y por la pluma del ateo Maurras hasta a Anatole France, el descreído. Pero lo práctico es que Daudet y Maurras fueron inductores del asesinato de Jaurés y que Maurras escribió el más vergonzante de sus libros en alabanza de Franco, de la misma manera que fue, desde 1940, constante delator de dignos franceses anti-hitlerianos. Las teorías de Maurras son de

ateo como se declara él mismo, 'defendiendo a la vez la vuelta de la monarquía y recurriendo a Augusto Comte. Todo esto no pasa de ser un sistema doctrinal, cuya exposición, –como la crítica subsiguiente– carece de base objetiva, Impregnado Maurras de veneno y de plebeyos resentimientos. Lo práctico es que Maurras fue delator policiaco de Vichy llevando a muchos franceses al patíbulo por no creer ellos en Hitler, que fue inductor en 1914 del asesinato del gran socialista Jaurès y que se regocijó con los patibulos de Franco después de pasar casi medio siglo atacando a Alemania. Este monstruo –Maurras– es, Indudablemente, un hombre práctico. Sus campañas abran el bolsillo de unas cuantas marquesas apolilladas y sobre todo le daban en los medios cavernarios un mítico prestigio de santón. Indujo el asesinato de Jaurès por ser éste partidario, como buen socialista, de la paz franco- alemana en 1914. Treinta años después, en nombre de la paz franco-alemana de Pétain consiguió Maurras que las Juventudes monárquicas 'francesas arrastraran por las calles el busto de Jaurès. Quien entienda éste pragmatismo sanguinario y lo siga, no es más que un terrorista y un antropófago.

Otro caso distinto de practicismo se dio en Francia pocos años antes de la guerra del 39. Viendo los elementos reaccionarios que socialistas y comunistas arreciaban en sus campañas electorales propagando la causa pacifista, idearon la ocurrencia de tolerar el paso de los socialistas al poder. Una vez adueñado León Blum del poder, las campañas pacifistas cedieron por completo. Auriol, ministro del gabinete Blum, emitió un empréstito enorme de guerra que no sirvió más que para perderla. He aquí una maniobra reaccionaria práctica de 'las derechas cediendo el poder. Las consecuencias son claras y evidentes. Cuando se cede el poder a los desarrapados no se cede así como así. Se cede para utilizarlos.

Cosa parecida ocurrió en Inglaterra cuando los conservadores e indirectamente los liberales cedieron el poder a los laboristas que en la oposición sostenían la nacionalización de grandes empresas públicas. Desde el poder olvidaron su propaganda y hasta aquella nacionalización –que no representaba ningún avance social efectivo, pero que hubiera sido un paso desde el punto de vista laborista de las reformas - quedó en claro. Sí, pues, los reformistas en el poder no son ni siquiera reformistas.

En la República española del 31 los republicanos gobernaron como practicistas consumados con residuos de la monarquía y confesaron que la política internacional era la misma que la de Alfonso n° 13. El propio Azaña lo afirmó solemnemente el 18 de julio del 38 en su sonado discurso de Barcelona. Incluso los militares de la República aplicaron la ley de Jurisdicciones –que era monárquica y estaba derogada por la Constitución del 31– contra supuestos delincuentes de la Confederación. El autor de este trabajo fue condenado a cinco años de presidio por un tribunal republicano en la Capitanía General de Barcelona en la época del bienio Azaña, siendo director de «Solidaridad Obrera» por las justas campañas de éste periódico contra la mortífera actividad de la guardia civil asesinando obreros en Castillblanco, Pasajes, etc., y gratificado, como otros compañeros, con palizas republicanas en la cárcel cuyo director –él siniestro monárquico Rojas– era soste-

nido por los republicanos catalanes y castellanos para que nos apalearan los guardias en el interior de la prisión.

En otro orden de consideraciones, los reformadores españoles acumulan pesada literatura de matraca, nos dan golpes en la cabeza y nos dicen que vivimos en las nubes, que no es razonable volver a empezar nuestra lucha, que todo lo pasado no debe volver. Como si esto dependiera de nuestra voluntad. Como si lo único práctico no fuera integralmente unido a la construcción y mejora del mundo, red de comunicaciones y tránsito, alumbramiento de riquezas; flora múltiple; dignificación del trabajo y consideración impuesta en la calle, en la lucha, en favor del productor. Fuera de esto y del factor cultural, el más importante de la vida, no hay más que programas políticos sin realización. La paz es un mito, la justicia lo es también, el pan es escaso. Y si los partidos se unen, ahora más que antes, para gobernar, es ponqué un partido sólo no puede ya afrontar la avalancha popular que quiere un bienestar que no tiene, que aspira a procurárselo por sus propios medios y que recela de programas políticos mil veces fracasados y reproducidos para fracasar de nuevo.

El conjunto español ha desbordado los programas porque ha realizado lo que no estaba en ningún programa. En la España rural había ya desde 1923 un frente único laborioso contra el monopolio de la propiedad, de la herencia y de la renta. No era un movimiento apoyado por ningún partido, ni siquiera Iniciado como táctica por ningún organismo oficial de clase, sino por el agricultor no explotador que se unía a su igual y se ponía de acuerdo con él para dosificar el trabajo. Cuando el propietario territorial vendía un vagón de trigo, lo que obtenía en el mercado equivalía a menos de lo que el mismo propietario desembolsaba en jornales para producirlo. ¿No equivale la práctica dosificadora de trabajo a una constante expropiación invisible que ha desvalorizado la propiedad, que la ha reducido en muchas zonas agrícolas a cero y que determinó entre otras causas, el levantamiento de los trogloditas españoles en julio del 36? ¿Se olvidan las quejas de Gil Robles en el Parlamento repitiendo que el rendimiento de la cosecha no era remunerador porque no cubría los gastos de cultivo?

¡Ni la Reforma Agraria ha conseguido nada semejante a la expropiación invisible ni todas las disposiciones oficiales conseguirán jamás algo parecido. ¿Por qué no inspirarse en las lecciones prácticas que da el pueblo destruyendo por sí mismo como corrosivo los privilegios seculares, remediando su penoso vivir con soluciones inmediatas, tan claras, hacederas y oportunas como ninguna? Se ha modificado hasta el clima con el arbolado y el cultivo directo; se ha castigado la pereza y el atraso de los propietarios, invalidando, herramienta en mano, la filosofía hegeliana y el doctrinarismo marxista, que nunca pudo prever la evolución positiva de los trabajadores por sí mismos, al margen de cualquier ideología ajena, de cualquier fatalismo libresco.

¡Lo práctico es educar a un hijo, plantar un árbol, escribir un libro. Lo teórico es lanzar desde la altura gubernamental decretos que nadie cumple o cumple por fuerza. Que los que tienen hijos sin educar, árboles sin regar, libros en almacenaje sin uso, entonen la canción del practicismo, puede aceptarse si se tiene para Inter-

pretarla algún sentido de humor. Pero que los trabajadores acepten el equívoco, que se entreguen al propio aniquilamiento, que abduquen de su personalidad como hombres y como productores, que vuelvan a ser instrumentos de cualquier camarilla sufragista, que renuncien a conjugar el verbo ser, el verbo de su laboriosidad y de su vida honorable, el verbo constructivo hecho realidad por su esfuerzo, es y será imposible. Que los animosos confederales, hermanos de! taller y de la huerta, de la mina y de la fundición, de los instrumentos más perfectos de la ciencia y del arte, que esos positivos y auténticos constructores acepten la melodía del sosiego y la canción del náufrago, eso no.

Todas las lecciones de la experiencia han de revisarse cuidadosamente. Errores hubo en todas las épocas. Tal vez la furia de las represiones desde las alturas, hundió a los Sindicatos en réplicas estériles. Tal vez se atendió al número con perjuicio de la calidad. Tal vez se llamó a veces revolución lo que era una protesta que ponen en práctica millones de veces tanto los revolucionarios como los que no lo son. Tal vez a la embriaguez de victorias pasajeras se atribuyó importancia primordial. Tal vez la valentía fue en ocasiones poco o excesivamente empleada. Tal vez la fraseología demagógica turbó la claridad del entendimiento. Tal vez se tuvo a ratos la idolatría mística de la fuerza. Tal vez se despreció el avance Ignorado no buscándolo al aire libre fuera del aire enrarecido de los Comités. Tal vez se corrió excesivamente hacia la tribuna del mitin monstruo. Tal vez la burocracia y el exclusivismo nublaron el caudal amplio de las ideas... Pero todo esto ha de revisarse concretamente sin miras electorales.

En todo conjunto humano se producen errores. En toda asociación los hay pero en la nuestra no ha podido cegarse el hondo cauce razonable inclinado a la benevolencia con equivocados de buena fe, con los desalentados y los desviados. Los acontecimientos que hoy ¡hacen trepidar al mundo, desbordan a muchos leales compañeros, víctimas más que de su ambición, de la confusión mental, causa del pánico productor de más víctimas que la misma guerra, degenerando en una dispersión de seres y núcleos, unidos antes por fidelidad y hermandad. Reconstruir todas estas dispersiones no puede ser obra del adversario, que trató siempre de inutilizarnos. Ha de ser obra propia y directa nuestra. Pero no adjudiquemos ninguna especie de practicismo a las abstracciones inoperantes, a los improprios del poder, a las fantasías programáticas sin contenido concreto ninguno, sin ejemplo ni estímulo, sin paz y sin pan, sin escrúpulo y sin realismo.

Tras el largo y áspero temporal de hoy quedará en el espacio como una conmovida atmósfera eléctrica propicia a las sacudidas, a la muerte que causa la alta tensión circulante por cables conductores de energía, pero quedará también un aire que los hombres sin doblez harán respirable. Todos venimos un poco del caos y hemos de negarnos a volver a él. Este designio ha de ser firme para que cese la injusticia que tantas veces nos atenazó sin doblegarnos y nos venció sin disminuirnos.

Pero no queramos ser reformadores de lo que nos han de dejar reformar para inutilizarnos, de lo que no vale la pena de reformar. Nuestra posición firme está en sabernos adversos a

cualquier régimen de Estado. El resto tiene infinitas soluciones inmediatas y lejanas, soluciones que por encima de cualquier contingencia se nos permitirá explicar y realizar, ya que no planteamos ningún imposible.

¿Es por ventura imposible organizar España como Federación de Municipios Libres? Esto se hizo en parte hace tres siglos en Suiza, donde las leyes municipales son costumbres codificadas y no decretos de altura. ¿Por qué una Asamblea de vecinos no ha de sustraerse en el medio local a la fracasada actuación del Estado, que esclaviza a los pueblos y les chupa la sangre?

Federación de Municipios, libre de la tutela del Estado, Municipios en función de sus Asambleas abiertas según la idea de Proudhon, de larga deliberación en los medios internacionalistas e intelectuales de Europa desde el último tercio del siglo anterior y siempre en la vida de los Municipios, no intervenidos o intervenidos en vano, en cuya intimidad nacieron, según Proudhon, las ideas emancipadoras en lucha contra el despotismo. ¿Es por ventura imposible en una República llamada de trabajadores que tiene por teoría y fundamento el sufragio universal que los españoles todos voten precisamente por sufragio universal, no hombres falibles sino específicamente Obras públicas, servicios y mejoras que el pueblo y no los políticos realizan siempre pero que no pueden determinar los pueblos porque el Estado se apropia todas las iniciativas?

¿Es por ventura imposible que el pueblo español, por sufragio universal, considere que uno de los servicios públicos de su preferencia consiste en suprimir el monopolio de la propiedad privada? El mismo Estado no reconoce que las carreteras, ni los canales, ni las bibliotecas sean propiedad privada de nadie. ¿Por qué no ha de inclinarse ante la voluntad del 90 % de los españoles convencidos de que la propiedad privada, que subsiste abusivamente, les obliga a vivir en malas condiciones?

¿No han reconocido los países de régimen burgués la revolución rusa? ¿Es imposible pensar en otra revolución, ya actuante, contra la propiedad privada, incluso contra el capitalismo de Estado? ¿Qué capitalismo de Estado podría caber en una España centrífuga regenerada de la injusticia monopolizadora y del Estado si éste se nutre con impuestos, transmisión de dominio, tráfico colonial, empréstitos e ingreso aduanero, cuando éstas recaudaciones quedarían abolidas por la supresión de la propiedad del comercio y de la renta que las justifican?

La propiedad privada no es una entelequia. Es la tierra cautiva del grillete monopolista, la mina vivero de muertes tempranas y de vidas sin sol. Cuando la tierra, la mina y la polea estén socializadas, y no por decreto sino por voluntad múltiple coincidente, el trabajo será un derecho y no un deber. Todas las teorías de todos los Estados caerán por su base. Todas las abstracciones de los partidos que prometen dar lo que no tienen —porque los partidos son conglomerados de clase media pobre— quedarán en el vacío.

El proletariado consiguió ya una vida de la que se iba desterrando la cerrazón mental de ayer, al revés de muchos núcleos

no evolucionados de clase media, que siguen incluso económicamente en peores condiciones que el proletariado por depender aquellos sectores de clase media en general del arbitrio del Estado, que es el peor de los patrones y el más tacaño. Esta es una de las causas de los movimientos fascistas – específicamente mesocráticos– y del salvaje resentimiento falangista contra los obreros. El falangismo español se nutre con el censo de los señoritos Inútiles arruinados en España por la ascensión económica y moral del proletariado, que acabó con la riqueza patrimonial ociosa y superó las nóminas miserables del presupuesto oficial.

En nuestras prácticas quedó el colectivismo desde 1936 a 1939 –con todos sus inconvenientes– como una divisoria clara y afirmativa ajena y superior al socialismo de Estado. Fue una realidad constructiva vecinal innegable. La teoría era la norma decretal, afortunadamente ignorada o desdeñada. Que el colectivismo no es un ideal absoluto sino superable siempre, ya se ha demostrado. Lo que no se ha demostrado es que sea un retroceso.

Lo práctico ha sido en España las mejoras realizadas. Lo teórico los diez mil tomos de leyes dictadas e incumplidas, burladas, inútiles.

Lo práctico ha sido la generalización de cultivos intensivos producidos por la ampliación de zonas de regadío. Lo teórico los planes de mejoras en el papel, sólo Iniciadas sin continuidad eficiente completadas por el trabajo sin patrono.

Lo práctico ha sido que las obras de carácter público y de cierta envergadura atraían mano de obra quedando sin mano de obra los propietarios con sus tierras yermas y abandonadas. La teoría ha sido la Reforma Agraria que se dictó para contrariar el movimiento de expropiación directa emprendida por los pueblos. También se dictó para rescatar el capital del Banco Hipotecario y de los prestamistas privados.

Lo práctico ha sido que en Monegrillo, como en muchos otros pueblos, los labradores ocuparon y labraron un monte sin dueño porque el monte era por derecho secular inmemorial tierra cultivable del pueblo. Lo teórico ha sido el constante machacar de las escuelas religiosas y políticas pretendiendo teorizar sobre el bienestar de los españoles.

Lo práctico ha sido exigir a los propietarios desaprensivos el importe de mejoras no abonadas en sus tierras, importe que en el conjunto de la propiedad española equivale a un 50 % de su valor comercial, lo teórico ha sido predicar en desierto conformidad a los labradores, que prácticamente mejoraban de condición, al no conformarse con el idealismo de funeraria de los gobiernos.

Lo práctico ha sido en la España rural trabajadora la actividad coincidente con el hecho de que la propiedad está cosida de hipotecas irredimibles y en completa quiebra. Sumando las deudas hipotecarias y las mejoras no abonadas, el total corresponde al precio comercial de la propiedad española. Lo han demostrado Gil Robles en el Parlamento, Julio Senador en sus admirables libros y las estadísticas del Banco Hipotecario. Lo teórico es querer que intervenga el Estado en las cuestiones agrarias para embrollar el problema y no resolverlo, cuando los agricultores

directos lo resuelven en horas trabajando solidariamente en cooperativa familiar sin explotados o en colectividad.

Lo práctico es demostrar, como se demostró, que la gran propiedad es producto del robo de tierra a los Municipios y la mediana producto de la usura lugareña y bancaria, como de los jornales de hambre. Lo teórico es recetar remedios sin base como hacen todos los partidos. Cuando no han podido pagarse jornales de hambre la gran propiedad se ha desmoronado.

Lo práctico ha sido conseguido por los trabajadores y lo teórico formulado por los ociosos de todos los partidos en sus programas y en el Parlamento. Entre los españoles hay demagogos que no hacen nada. Los maestros de nuestro socialismo nunca emplean literatura de matadero. Esta procede de los medios políticos burgueses y de las sociedades secretas, como probó Fabbri. La masonería con su plañidero sistema democrático, superado, incluso por los republicanos no masones, sólo tiene influencia en los Individuos no evolucionados culturalmente. La masonería se asimiló muchos militantes de la avanzada social para hacer de ellos vulgares republicanos en expectación de destino.

La tendencia republicana no ganó nada. La avanzada social no perdió nada. Y la República siguió durmiente y roncante, corroída por los funcionarios que se la tragan viva.

AL UNISONO CON ROCKER

Lenin atacó con virulencia a los extremistas de su propio partido, pero si conquistó el poder lo conquistó por ser extremista.

El extremismo fue calificado por Lenin de «enfermedad infantil» referido a sus molestos amigos, pero lo evidente es que con Kerensky no quiso transigir, y no ciertamente por ser Kerensky extremista del socialismo, sino por demócrata. En esto Lenin fue auténtico marxista. Kerensky, el demócrata al uso de Occidente, a quien Lenin desembarcó sin contemplaciones de la nave gubernamental con un desparpajo que se nos permitirá calificar de extremista, es un ejemplo del extremismo leninista, como lo es Trotzky, socialista de Estado radiado de Rusia por los socialistas de Estado.

Conviene recordar a nuestros ingenuos reformadores que Lenin fue extremista en la emigración que lo fue igualmente en la Revolución de octubre, y que sólo al gobernar fue reformador, en colaboración hoy sus sucesores con el patriarca de la religión cismática, calificada por Lenin de veneno del pueblo.

Nuestros reformadores quieren, por el contrario, ser reformadores desde la calle y en el destierro, afirmando que en el poder se puede ser revolucionario. Todo esto es tan confuso que parece inventado por un grupo de charadlistas. Nuestros reformadores están descentrados.

Si imitan a Lenin en el hecho de querer conquistar el Estado sin ser políticos como él, no lo imitan en la táctica. Para aquél se imponía la táctica extremista contra Kerensky. Para nuestros reformadores se impone la táctica de colaboración con los Kerensky de la política española.

La base de los partidos no es acumularse para gobernar sino excluirse. Esto fue lo que hizo triunfar a Lenin, que excluyó a Kerensky. Lo contrario es lo que hacen los colaboradores. No se excluyen entre ellos al menos abiertamente. Al acumularse los partidos para gobernar confiesan de manera tácita la insuficiencia de uno sólo. Buscan extender y esfumar las responsabilidades gubernamentales, agregándose confusamente unos partidos a otros. Si un solo partido no da nunca explicaciones de lo que hace cuando gobierna, ¿cómo van a darla unos cuantos partidos en perpetua querrela entre ellos y que tratan siempre de acusar a los rivales participantes? Si los partidos coaligados fueran francos, sus propó-

sitos les separarían inmediatamente. Si se unen es porque las insuficiencias tienen tendencia irrefrenable a unirse y a tolerarse.

Si las escisiones o intento de ellas en la Confederación se debieran a la sugestión comunista de Estado, la escisión política –si se consume, lo que es poco posible– habrá de entendedérselas con media docena de grupos que querrán participar en el gobierno, contar con millones para la propaganda electoral, oradores parlamentarios, prensa, radio, cine, electoras femeninas, etc. Sobre todo habrán de tener votos. No es una cosa fácil, por más que se crea. Lo práctico habría de ser para los reformadores contar con un censo electoral capaz de votar una mayoría. Lo nebuloso es dar por descontado el sufragismo electoral, siempre esquivo, dependiente de pucherazos, efectismo de tribuna y agentes preparados y estipendiados. El censo electoral español está manipulado por la situación política de gobierno y es ésta la que encasilla candidatos. No se encasillan éstos, ni los electores encasillan a nadie. En el diputado manda todo el mundo menos el elector.

Excesivas complicaciones para despertar el optimismo de los hombres prácticos. Cánovas y Sagasta eran hombres prácticos porque se atribuían mediante la prestidigitación electoral y por turno el dominio alterno de la Gaceta y de los Presupuestos para contentar a los tibios, atraer a los enemigos y conservar amistades. Pero eran partidos de turno por acuerdo –el del Pardo al morir Alfonso nº 12–. Su practicismo evidente consistía en definir la política, como «arte de lo posible», es decir en hacer lo que ellos querían guiñando un ojo. Cánovas era tuerto. Aquello fracasó por la aparición en España del factor social, disperso aún. Pero mientras gobernaron Cánovas y Sagasta no lo hicieron confundidos. Lo hicieron substituyéndose alegre y mutuamente. De confundirse en la misma situación gubernamental hubieran durado menos. Recuérdese como las postrimerías del régimen monárquico quedaron calificadas precisamente por los ministerios de coalición, de fracaso en fracaso por rápido declive. Si el gobierno de un partido es Insoportable, ¿cómo no ha de serlo el de varios que riñen constantemente? La coalición de partidos es hoy impropia porque los partidos no quieren partir sucesión entre ellos sino confusión.

La República del 31 no gobernó más que por núcleos coaligados. Lerrouxistas y catalanistas se unían escandalosamente para gobernar con socialistas y burgueses, instruidos y no instruidos, centralistas y autonomistas, ateos y creyentes, ricos y pobres. No había en la República un partido dispuesto a gobernar por sí solo sino en confusión con muchos partidos. A este punto de vista parecen responder las concentraciones de políticos y organismos sindicales en el exilio de Francia. Si el comunismo de partido persiste en actuar en compañía del Vaticano renunciando a la conquista del poder para él sólo, el problema resultará tan extraordinariamente complicado que nadie podrá entenderlo y menos si catalanes y vascos siguen el camino irlandés, irreductibles como parecen o intentan parecer ahora. La tragedia de los partidos es que no pueden ya gobernar unidos ni separados.

¿Es éste un panorama agradable, preguntamos como curiosos espectadores que analizan objetivamente la maraña política española –es este panorama agradable para un practicista confederal?

No lo es, francamente. Y esta evidencia contrasta cómicamente con la intención cardinal que supone en los acumuladores de partidos y organismos sindicales el deseo de gobernar. No cabe duda que hay una intención de estabilizar gobiernos fuertes. Empeño inútil. Sólo los pueblos débiles tienen gobiernos fuertes.

No es posible perder el tiempo en replicar a todas las fantasías y explicaciones de nuestros reformadores, tan despistados antes y ahora. Hace quince años eran los eternos demagogos, los eternos surtidores de interjecciones patéticas. Mientras duró la grotesca y sangrienta dictadura de Primo de Rivera muchos demagogos huyeron de España y se entretenían desde el exterior en liquidar literariamente la situación política del dictador, insultándolo a mil kilómetros de distancia. Hoy son algunos de ellos gubernamentales de afición, reservándose la humildad para los políticos, incluso para los sin partido. Cuando gritaban contra Primo desde el exterior de España estaban bien lejos de suponer que a Primo lo expulsarían de España los militares y los banqueros, no los manifiestos ni las revistas. Algunos bravos pasaron el Pirineo por Vera del Bidasoa cediendo a sugerencias equívocas, con la vida pagaron su valentía.

Nadie recuerda que incluso en el comunismo ortodoxo hubo un antiparlamentario tan destacado como el italiano Bordiga. Ni Lenin ni Stalin establecieron ningún Parlamento. El marxismo no fue un puntal de la democracia, sino un violento correctivo contra ella. Hoy los marxistas empiezan por olvidar a Marx. Hasta de Pablo Iglesias se olvidan los socialistas españoles. «Los privilegios de la burguesía están garantizados por el poder político, del cual se vale aquella, la burguesía, para dominar al proletariado.» Esta frase lapidaria figura en el Programa Socialista como afirmación de base y la reprodujo el mismo Pablo Iglesias en sus «Comentarios al Programa Socialista», página 17 (obra editada en Toulouse por la Secretaría de Propaganda del Partido Socialista Obrero Español, en Francia, febrero 1945). Los socialistas retroceden con relación a Marx. Como los republicanos con relación a Costa y a Pi. Los catalanes con relación a Almirall. Los teóricos sindicalistas con relación a su doctrina clasista, que nunca tuvo tolerancia para el Estado. Los autonomistas vascos retroceden hasta el punto de formar parte de gobiernos unitarios de España y con todo su separatismo gobiernan a los españoles de jota, de muñeira y hasta los de cante jondo. ¿No es todo esto más propio de un sainete de Arniches que de la ideología Bizcitarra?

Nadie recuerda que en todos los sectores españoles hubo siempre adversarios de la política sufragista y publicaciones del mismo tipo con vida próspera y asistencia entusiasta.

Nadie recuerda que las ediciones de «La Revista Blanca» tuvieron dilatadas y dignas épocas de propaganda apolítica, como otras Editoriales.

Nadie recuerda que en el Parlamento republicano los diputados obreristas novatos hicieron los más cómicos esfuerzos para quedar de mal en peor, igual que los señores con mandato parlamentario.

Nadie recuerda que en el Parlamento republicano hubo dos diputados ilustres: Besteiro y Ortega Gasset. Besteiro presidió las Cortes con una chunga entre galaica y británica, como un distraído que presencia un torneo sin aliciente. Ortega Gasset disolvió su

partido y se alejó de aquel espectáculo, abominando de tanto superávit de confusión y dentelladas de jabalí.

La colaboración sindical con los políticos profesionales durante la guerra civil de España —que todavía ha de aprobar o desaprobar la Confederación completada por los núcleos de toda España en futuro Congreso— no fue resultado único de la gesta de la Confederación, sino de una propaganda colaboracionista apresurada. Lo hecho en julio del 36 por los españoles antifascistas sin dirigentes en la zona adversa a Franco al derrotar a los adversarios, fue una gesta, evidentemente, pero en sentido constructivo; los reformadores colaboracionistas, al revés del pueblo, no crearon doctrinas ni hechos revolucionarios, sino complejos gubernamentales, plazas de mecanógrafa, destinos burocráticos, oficinas, secretarías, surtidores de gasolina y el Comisariado. Este último ha tenido que suprimirse en la U.J.R.S.S. para ganar la guerra a Hitler, cargado de Comisarios políticos.

Los reformadores harán bien en apearse de sus frases abstractas y de sus improprios que recuerdan los empleados o los maniqueos y por los peludos profetas del Antiguo Testamento. Expliquen poniéndose de acuerdo unos y otros lo que piensan, por ejemplo, de la autonomía territorial y de su expresión económica.

La autonomía política de los BE. UU. se debió a lucha armada contra Inglaterra, como la de Irlanda. Estas libertades, incompletas desde el punto de vista de autonomía integral (porque ésta no es sólo política ni abarca por límite las fronteras de ninguna nación, grande ni pequeña) nada tienen que ver con el equívoco parlamentario, como tiene que ver el Estatuto de Cataluña, que fue una concesión de Madrid, cediendo Madrid lo que no era suyo. Irlandeses y americanos lucharon contra Inglaterra colonista, como Cuba contra España oficial. La política inglesa no tuvo más remedio que aceptar su derrota como hecho consumado. Pero siempre la relativa autonomía conseguida lo fue por métodos de los llamados extremistas, por nuestros antiguos extremistas.

El practicismo social, tan maltrecho por los anatemas de Rodolfo Rocker en obra reproducida recientemente con oportunidad por esta misma Editorial, no puede tener porvenir en España, donde lo práctico no es gobernar sino gobernarse, disolver la autoridad y liquidarla sea como sea.

Los más variados procedimientos se han ensayado para ello. Todos han sido relativamente fáciles contando como se cuenta siempre con el descrédito que el Estado propaga constantemente de sí mismo con sus desafueros, agravados de día en día por la acumulación hiperburocrática y también por el monopolio de injerencia que se atribuye sobre la vida y la economía de los ciudadanos. Todo lo cual fue causa determinante —entre otras— de la epidemia absolutista en Europa, cuyas fuerzas han sido impotentes para aplastar al fascismo, forma novísima de aquel absolutismo. Sin las muchedumbres de la inagotable Rusia asiática y sin la industria americana, es decir, sin el auxilio de promociones y obras proletarias, en realidad extraeuropeas, el fascismo se hubiera adueñado de Europa de manera trágica. Esto es lo que no dirá jamás ninguna radio de Europa.

Europa, que por las contradicciones de sus fuerzas autoritarias

creó el fascismo, no ha podido por sí sola en el área continental, resistir a él. La guerra del 14 incubó él fascismo. Esta guerra lo liquidó, pero quedan enormes fuerzas reaccionarias latentes en todos los países. Respecto a España recordemos que en las elecciones de febrero del 36 se propagaba la necesidad de votar «para aplastar al fascismo». Se votó para aplastar al fascismo, y cinco meses después de aplastado parlamentariamente el fascismo surgió en la calle con la violencia que se sabe. He aquí una prueba de que el fascismo no puede vencerse con la falacia electoral. Esto lo han comprendido los obreros americanos que facilitan material de guerra y hacen la guerra a ratos por el procedimiento contundente australiano, a ratos por el de la ducha escocesa, nunca votando ni leyendo manifiestos.

Si se cree que sólo hay realidades vitales en los discursos y si se cree que con manifiestos con Interjecciones puede hacerse frente a un movimiento fascista de la envergadura que hemos visto; si se cree que el problema español no ha de merecer el planteamiento de un nuevo período constituyente libre del que no esté excluida ninguna opinión sinceramente avanzada; si se cree que basta volver a España gratuitamente desde la emigración y ocupar cargos, ¿qué podemos pensar de semejantes propósitos? Si los cargos han de ser para unos cuantos y las cargas para el resto de los españoles, ¿se nos permitirá que insistamos en demostrar lo que es practicismo?

Abramos un período deliberante con opción a libre plática para apuntar ideas originales sobre la convivencia española. Un período que tenga eco en todos los españoles amigos de la libertad no meramente abstracta y programática. Pero desglosándose todos los españoles de sus partidos, en la entraña del pueblo y en las formaciones capaces, que ni faltan ni se ignoran. El partido es exclusivista y no puede determinar sobre los ciudadanos que están fuera de él, apenas por los que están en él hoy y mañana no, siempre como ocasionales transeúntes y tremendos críticos. Ellos deshacen un partido en una tarde electoral, y esto ocurrió en la sucesión de elecciones republicanas desde el 31 al 36. Todos los partidos fueron quedando deshinchados.

El practicismo figura en todos los partidos, no como norma establecida y racional, sino como vacilante «modus vivendi» para improvisar rezagadas e inútiles soluciones. Y esto no es practicismo ni nada. Tal vez pueda decirse del estado llano de los partidos avanzados españoles, del que no aspira a representarlos en las expansiones del favor, que es una masa confiada y nada maligna, con honradez de base y desinterés.

Muchos españoles figuraron en los partidos republicanos por oposición a la política cesarista de los reyes y sus mandatarios, y hemos visto republicanos militantes que evolucionan magníficamente hacia zonas de más altura, inducidos por el movimiento social contemporáneo y su riqueza evidente de sugerencias desinteresadas. La mayor parte de los republicanos pobres eran anarquistas de temperamento en España.

El socialismo evoluciona también y no faltan en él ejemplos de desinterés y críticas inteligentes como en los partidos autonómicos y en el federal.

Pero la alianza de estos núcleos no puede tener efectividad con un organismo de clase de origen humanista como la Confederación, cuya finalidad es conseguir lo que los partidos no pueden dar, ni siquiera plantear sin disolverse y anularse. La Confederación aspira a un objetivo concreto, claro y realizable. Si fuera insuficiente el organismo obrero no se desacreditaría acudiendo a confundirse con insuficiencias probadas.

El entremetimiento de la Confederación en la zona política es una prueba de inconsecuencia. Lo es también de inconsecuencia y de incompetencia el entrometimiento de los partidos en la temática confédéral. Si en ésta puede haber insuficiencia, ella misma la remediará porque nada humano le es extraño, y bien lo probó.

Respecto al núcleo sindical distinto, cabe una alianza estrecha con las menos notas oficiosas posibles y sobre todo con una previa discusión de temas peculiares, no una alianza mitinesca, en la que nada se puede examinar ni resolver. Lo práctico es trabajar por estos puntos de vista, darles vida de altura y procurar ensayos concretos, coincidentes o no, pero cordiales. En el régimen de trabajo, en la cultura, en la socialización de la riqueza, las dos sindicales pueden entenderse, pero no sin llevar ambas un bagage coherente que los tiempos no consienten improvisar ni ostentar a la ligera.

Lo práctico es el ideal realizado que queda con la mirada fija en un más allá. Lo no realizado o sin camino empeñado de realización, no es de lumbré idealista ni de lumbré práctica.

Téngase siempre en cuenta que un buen idealista puede ser un mal zapatero, como un mal idealista buen zapatero. El idealismo consiste en ser buen idealista y buen zapatero a la vez, y en que nadie pueda permitirse la evasiva de decir para ahuyentar a un zapatero de la discusión idealista: «¡Zapatero, a tus zapatos!»

Maldito sea el pájaro carpintero, que nada sabe de la vital alegría de elevarse concienzudamente para que desde arriba, el árbol no nos oculte la selva con sus tinieblas, su sombra maléfica y su paludismo, que no es adaptación al medio, sino fiebre mortal.

RESUMEN

Hemos visto que para los reformadores habituales de nuestros medios lo práctico es gobernar. Todos los partidos políticos aspiran con fruición a gobernar. Se fundan para gobernar; gobiernan cuando y cómo pueden, pero su único deseo es gobernar. La fiebre de gobernar les domina hasta un estado de embrujamiento.

Ni la acumulación de dinero, ni los mismos delirios amorosos, ni el juego, dan al hombre Insuficiente un embrujamiento tan acusado como la locura de gobernar. El que gobernó, aunque sólo fuera desde una desvencijada silla de Alcalde y tomó en serio su papel, está irremisiblemente perdido. Fuera de tanta manía delirante está el español que quiere gobernarse él mismo. Este es el español que tiene interés y calidad, el que acabará por triunfar, ya que los gobernantes caminan rápidamente hacia su propio descrédito. El poder desgasta y más en España, que tiene una tendencia popular corrosiva a disolver partidos y a inutilizarlos, incluso cuando les da el voto para que se desacrediten.

Lo práctico para todos los reformadores consiste en gobernar porque creen contar con la impunidad. Esta impunidad acabó ya. Lo práctico tendrá que ser disolver el poder. Las teorías de Montesquieu lo dividieron, pero el propio Montesquieu afirmó la superioridad de la costumbre sobre la ley. Y Montesquieu es el Importador, en Francia, de las doctrinas democráticas inglesas.

Los partidos están abiertos a los reformadores obreristas. Vayan éstos con ellos en vez de repetir zafiamente lo que dicen ellos, en vez de intentar servirse de una masa densa que nunca les hará caso.

El delirio de mandar es tan desordenado y ciego que no cree más que en él. Aterrizar obliga a apartarse de las nubes, a afrontar la realidad, a estar con los demás y como los demás. El que no quiera estar con los demás sino sobre los demás, tendrá que reconocer amargamente su error y su ambición. Cuanto más alto suba, desde más alto caerá. «No ser sol que se pone» decía Gracián. Todo lo práctico lo hizo el hombre con los demás. Todo lo teórico lo intentó vanamente el hombre encaramándose sobre los demás.

Mayo 1945.

INDICE

	Pág.
Antecedentes	23
Lo real y lo falso	32
Al unísono con Rocker	40
Resumen	46

Société Générale d'impression - Toulouse